

## **LOS BÚLGAROS: OFICIALES DE LA REVOLUCIÓN CHILENA**

**MAURICIO LEANDRO OSORIO RODRÍGUEZ  
JUAN PABLO PAVÓN CÁCERES**

**MEMORIA PARA OPTAR AL TÍTULO DE PERIODISTA  
Categoría: Crónica**

**Profesor guía: José Miguel Labrín Elgueta  
Santiago de Chile  
Junio del 2016**

## **Índice:**

<b>Introducción</b>	Pag. 4
<b>Capítulo I</b>	Pag. 7
Los “cabros” de la URSS	Pag. 9
En Concepción	Pag. 10
Ricitos de oro	Pag. 11
<b>Capítulo II</b>	Pag. 13
Allende Los Andes	Pag. 16
Cambio de planes	Pag. 19
El inicio de un largo viaje	Pag. 22
De Concepción a Escandinavia	Pag. 23
<b>Capítulo III</b>	Pag. 26
Campesinos en intelectuales	Pag. 27
Vasil Levski	Pag. 29
El <i>Sbod</i> de los extranjeros	Pag. 31
El permiso para casarse	Pag. 32
<i>¡Alicia va en el coche, carolín!</i>	Pag. 33
<b>Capítulo IV</b>	Pag. 35
De teniente a subteniente	Pag. 36
Los perlas	Pag. 38
El “Valeverguismo”	Pag. 39
Los cachorros de Sandino	Pag. 41

Bienvenidos a Honduras	Pag. 42
Un cigarrillo entre balas	Pag. 44
<b>Capítulo V</b>	Pag. 47
La gran hazaña que no fue	Pag. 50
Represalia	Pag. 56
Quiebre	Pag. 57
El quiebre en Cuba	Pag. 59
Nicaragua	Pag. 61
<b>Capítulo VI</b>	Pag. 63
Una década de añoranza	Pag. 66
Cerca de casa	Pag. 68
La vida en el Altiplano	Pag. 70
<b>Capítulo VII</b>	Pag. 73
Un recuento de la historia	Pag. 75
Hacia un nuevo Chile	Pag. 77
Siempre al pie del cañón	Pag. 78
Seguir luchando	Pag. 81
Un Mañana promisorio	Pag. 83
<b>Bibliografía</b>	Pag. 85

## **Introducción:**

Entendemos, por nuestra formación como comunicadores sociales, que todo mensaje carga con el autor del mismo. En él está toda su instrucción (dentro y fuera de las aulas), sus ideas, formas e ideales estéticos. Es por ese motivo que nuestra responsabilidad con este conjunto de crónicas era, por sobre todo, ser fieles a la historia relatada. Valiéndonos de la férrea ética humana y periodística, que hemos forjado con el tiempo y la buena práctica, intentamos entregar a todos quienes lean este texto un relato fidedigno de los acontecimientos, respetando todas las formas de pensamiento.

Sin embargo, sabiendo que toda persona es una persona política, y que sus prácticas y discursos tienen una dimensión política, no es posible desmarcarse de esa arista fundamental por ningún motivo. Este hecho no excusa el desarrollo tendencioso del texto o la gestación del mismo como un texto panfletario o como recurso politiquero. Por sobre todo, esta es la particular historia de vida de un grupo de personas, más allá de cualquier perspectiva subjetiva que pueda recaer externamente sobre la narración.

Así como somos entes políticos, somos también entidades sensibles, por este motivo decidimos recurrir a un género narrativo que nos permitiese retratar la esencia de los personajes en todos sus planos. La lectura de este texto es el encuentro con los sueños, esperanzas, amores, miedos y luchas de sus personajes. Son historias de vida cuyos elementos constitutivos, el carácter y las emociones, son compartidos por todos los seres humanos.

Ahora bien, qué hace especial a estas historias, por qué son dignas de ser contadas. Producto del azar o una poderosa fuerza sobrenatural, estos chilenos se vieron envueltos en eventos extraordinarios y fueron partícipes de algunos de los hechos históricos más importantes del siglo XX, que redefinieron el panorama político-social en todo el orbe. La decisión de elegir a estas personas para narrar sus historias tiene un cariz reivindicativo. El trabajo incesante de estos hombres por conseguir el mundo en el creían fue censurado e invisibilizado por quienes han mantenido el poder desde el retorno a la democracia. Quienes configuran a diario la realidad, a saber los medios de comunicación masivos, y quienes ponen historias como esta en un marco histórico, las instituciones educacionales, se han esmerado en reconstruir una historia de Chile en que eventos como los aquí descritos tiene muy poco lugar (o no lo tienen).

Recopilar la historia de los oficiales chilenos formados en Bulgaria ha sido un trabajo de vida. Desde pequeños hemos oído las historias de estos jóvenes viejos que, de una u otra forma, la vida en las filas del Partido Comunista, la época de Salvador Allende, el exilio, la tarea militar, las luchas internacionalistas y la resistencia fue su vida. Aquellos días quedaron detenidos en el tiempo y cada vez que se reúnen a rememorar los hechos es como si los volvieran a vivir. A veces las historias se parecen más a los recuerdos que a como realmente ocurrieron, en otros momentos se pierden en el olvido y hay incluso misiones que llevarán como el secreto máspreciado en su silencio.

Por eso, este trabajo de memoria es en parte un compromiso con Chile, con dejar grabada la historia de quienes en sus años mozos, como los jóvenes de hoy, no tuvieron el tiempo ni la oportunidad del reposo, de la elección. El compromiso político, la dictadura y cómo derrocarla selló el camino de su vivir.

Los Búlgaros es una obra que pretende rescatar parte de la historia oculta de nuestro país, un relato censurado y olvidado por la democracia que hoy sale a la luz de la voz de sus protagonistas. A ellos no se les impusieron pautas, ni se les permitió omitir sus contradicciones, conflictos internos y desilusiones con el amor al partido que los unió alguna vez.

Reza una la voz popular: “Un pueblo sin memoria es un pueblo sin historia”, así pues, este es un pequeño aporte para reincorporar estas biografías a la memoria colectiva chilena, hacerlas parte de todos los debates donde estos temas se discutan. Es un esfuerzo por constituir un historia nacional donde nadie falte, y avanzar hacia un futuro en el que todos tomemos parte.

## I

Han pasado más de 25 años desde que César ya no se presenta como Leonardo. Algunos compañeros le dicen Leo, pero César Quiroz lleva su chapa oculta junto al recuerdo de la formación, la lucha contra la dictadura y su grado de oficial, sólo reconocido en Cuba y la ex República Popular de Bulgaria.

César en la actualidad trabaja como funcionario en la municipalidad de Recoleta, donde el Partido Comunista ostenta la alcaldía. Su pelo es totalmente blanco, pero está así desde los 90 a pesar de que recién tiene 60 años. Su mirada es alegre y entre cada historia, hay siempre una sonrisa. Hoy está particularmente pendiente por el comienzo del partido entre Argentina y Paraguay. Esa tarde se define qué equipo jugará con Chile la final de la Copa América. De todas formas, hay tiempo para la historia y rememorar su lucha.

*-Llevo 46 años de militante. He militado todos los días de mi vida y todo lo que hecho, lo he hecho en función de mis ideas, del Partido. Y cuando a ese que tú quieres que vaya a liberarse, no quiere ser liberado porque vendiendo pasta base él se siente libre, tú decís: “¡Chucha!”, “¿valdrá la pena?”, “¿valió la pena?”... Yo creo que vale, vale- y junto a sus lágrimas, su rostro revela una profunda tristeza que se agazapa en el porvenir.*

César, al igual que 29 compañeros suyos que en 1977 se formaron como oficiales regulares en la Academia Militar Vasil Levky, en Bulgaria, comenzaron a militar a mediados de la década de los 60. Todos eran miembros de las Juventudes Comunistas (JJCC) y aunque el Golpe los pilló dispersos por Chile y el mundo, la mayoría participaba activamente del proceso que llevaba a cabo la Unidad Popular (UP) a pesar de su corta edad, pues todos tenían entre 12 y 16 años.

Para ellos, recordar esa época, es despertar en sí algo muy bello. Un tiempo hermoso donde el idealismo estaba presente en todas partes. En aquel entonces, los jóvenes vivían en un mundo resplandeciente, emancipador. Los muchachos sentían que en cada acto quedaban grabados en la historia. Desde la moda a la lectura, de la barba a la irreverencia, todo hacía parte de un instante glorioso. Y no eran pocos los ejemplos que inspiraban aquellas ideas.

En una isla caribeña, ubicada a poco más de 140 kilómetros de Estados Unidos, la Revolución Cubana germinaba como ejemplo libertario por toda América Latina. Cuba era el resultado de un proceso llevado a cabo por universitarios y campesinos armados, quienes con el apoyo de un pueblo insurrecto, le arrebataron el poder a la dictadura que ejerció el General Fulgencio Batista por poco más de un lustro. Pocos años después, uno de los comandantes que lideró la gesta en el Caribe, caía junto a sus compañeros en los valles de Bolivia y a partir de ese momento, el Che se convertiría en una hidalga leyenda del internacionalismo revolucionario.

Al mismo tiempo, casi toda África estaba en rebelión. A su tardío proceso de descolonización, se le sumaba la voz del socialismo. Por eso los portugueses se tuvieron que batir con guerrillas en Mozambique, África Occidental Portuguesa (actual Angola) y Guinea Portuguesa (actual Guinea Bissau); de la misma forma, en Brazzaville era proclamada la República Popular del Congo, como en Benín, Etiopía, Argelia, Libia, Somalia, Madagascar y Seychelles. Mientras, por todo el resto del continente, se oían las voces de las metrallas. Revoluciones y rebeliones se mezclaban con el coraje de mulatos y mulatas, blancos y blancas, negros y negras que llegaron desde Cuba para “saldar la deuda histórica de la humanidad” con aquel continente.

Hasta en el corazón del imperialismo estadounidense las melodías del rock psicodélico y la moda hippie, seducían a la juventud de aquel país y los invitaban a detener la guerra de Vietnam, pero en el norte no sólo se regaban flores con aroma pacifista. El Partido Panteras Negras de Autodefensa se había cansado de la opresión racial y social y se rebeló a la pálida y ensordecedora voz de Washington. Ni los negros, ni los latinos, ni los blancos -pobres la mayoría-, querían morir en una guerra genocida, que rociaba con napalm a los niños de Indochina. Ellos, los marginados dentro del Estados Unidos, ahora reivindicaban sus derechos sociales y se particularizaban dándole a su condición social, una consciencia de clase política.

Latinoamérica bullía, se alzaba revolucionaria en las selvas de Colombia, Perú y Venezuela, así como en las montañas de Centroamérica y el Caribe. Los universitarios llenaban las salas de interrogantes, mientras que la militancia se hacía casi obligatoria, al mismo tiempo que cultivar la consciencia de clase y la formación política. Uruguay, Bolivia, Argentina, no se quedaban atrás y en sus entrañas se forjaban guerrillas y organizaciones de intención revolucionaria. La cultura era parte de este florido momento y la canción protesta se hacía himno en las concentraciones y mítines, en todas las ciudades de Río Bravo al sur. Y en Chile, se daba un proceso “*algo más que*

*único: ¡insólito!*”, así lo calificaba Fidel Castro, como un estruendo en el Estadio Nacional durante su visita el año 1971: *“Es un proceso revolucionario donde los revolucionarios tratan de llevar adelante los cambios pacíficamente”*.

Para César y sus compañeros, no se trataba de un idealismo vago sin sustento. Aquellos sueños eran posibles y ellos eran parte de una ola que se levantaba, donde Chile era también un ejemplo con el triunfo de un gobierno socialista, consolidado con la unidad de la izquierda, que demostraba que la Revolución no tenía que ser forzada, porque iba a ser un proceso dialéctico. Tras años de gobiernos serviles a la burguesía, la UP llegó con un programa de reformas que pretendía cambiar de horizonte y avanzar hacia nuevos caminos.

Esos jóvenes de 12, 14, 16 años, eran inspirados por la historia, por la literatura, por un mundo intelectual que en general abogaba por los cambios. Algunos llegaron a ser pioneros socialistas en un país de marcas, cantando la Internacional Comunista con la Coca Cola al lado, pero añoraban el verde olivo, la tupida barba del rebelde, la oratoria y firmeza del fusil, la libertad que llegó a las ciudades con olor a sierra y selva.

Allende en parte era un poco de eso, de aquello y de lo nuestro. Un traje desprolijo a veces, camisas remangadas; bigote que no era barba pero que inspiraba hasta el más dócil; un voz vibrante, dura, clara, apacible y segura en sus ideas; un devenir en libertad que llegaría con olor a Congreso, vino tinto y empanada.

Era el tiempo de las revoluciones sociales y las flores, el movimiento hippie, el internacionalismo, una época marcada por la liberación de los pueblos y en medio estaba un grupo de chiquillos chilenos, que el destino, las ideas y el Partido habrían de juntar años después.



## Los “cabros” de la URSS

El día 4 de septiembre de 1973, el gobierno de la Unidad Popular cumplía tres años desde su victoria electoral. Ese mismo día, cerca de 100 jóvenes chilenos partieron a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) a especializarse en el manejo de maquinaria agrícola. De la totalidad del grupo, unos pocos fueron directamente a Moscú a continuar sus estudios superiores en la Universidad Internacional Patricio Lumumba, mientras que el resto se capacitaba para manejar las máquinas provenientes de los países socialistas. Para el gobierno de Allende, era mucho más rentable preparar a jóvenes chilenos en el uso de las máquinas, que traer a técnicos desde Europa del este. La idea del gobierno era hacer agrupaciones de maquinistas por regiones, para apoyar a los campesinos y la Reforma Agraria.

Ese centenar de jóvenes estaba compuesto en su mayoría por muchachos de 13 a 20 años, que apenas habían terminado su escolaridad. La mayoría eran militantes de la JJCC, el resto eran miembros de otros partidos de la UP y unos pocos, independientes que comenzaron a militar luego de vivir un tiempo en la URSS. Entre los jóvenes de origen campesino la mayoría no había alcanzado el octavo grado, y casi nadie los doce años de la colegiatura completa. Eran de todas partes, desde Valdivia al sur, hasta gente del norte de familia minera o directamente de origen rural.

En medio de todos y proveniente del grupo de los militantes comunistas, estaba Gencha. Tanto él como sus compañeros quedaron pasmados, sin familia, lejos de su tierra y sus raíces. La diferencia de los comunistas con el resto fue que rápidamente se vincularon a la estructura del Partido formada en el exilio. Gencha tenía la certeza de que el Golpe se cometería, pero él había partido a la Unión Soviética con el objetivo de formarse como un cuadro listo para el llamado de la patria. Su padre había estado en Europa del Este antes que él, así que cuando surgió la posibilidad de viajar a su mismo destino, no lo dudó. Llegó el 6 de septiembre y fue designado automáticamente al Cáucaso donde pasó un año con el grupo campesino.

En poco tiempo, aquellos jóvenes que se habían acercado al pensamiento revolucionario (más por una visión romántica y utópica, que por una convicción teórica), tuvieron que asistir a reuniones con sus compañeros universitarios en la URSS, quienes ya habían leído una parte

importante de la literatura marxista leninista. Gencha fue uno de ellos. Después de dos años en la URSS, él junto a quienes no tenían escolaridad completa, fueron enviados a Volgogrado, donde pusieron en práctica lo que habían aprendido en el uso de la maquinaria agrícola. Luego de esa estancia, Gencha fue parte de los que participaron en la conformación del grupo de oficiales en Bulgaria.

A pesar de la desventaja académica (que también se reflejaba en las matemáticas y otras ciencias), el punto a favor de Gencha y su grupo era el idioma, ya que tras varios años de exilio en la Unión Soviética, el uso del ruso y la interpretación de las letras cirílicas eran totalmente perfectos. Esta ventaja se debía a que Bulgaria adoptó el ruso como segunda lengua, luego de que Rusia los liberara del imperio Otomano en 1878.

Ahora envueltos por la historia de unos países muy fríos y viendo cómo el mundo giraba, se alzaba y se contraía con la dictadura chilena, lejos quedaban las noches en Rancagua o las tardes en Cabildo, la inagotable lluvia del sur, la cordillera nevada, las sopaipillas pasadas, las chimeneas en Melipeuco, la tierra húmeda y a veces árida, el piñón de araucaria. Para esos niños esos sabores y placeres se agigantaron convirtiendo sus vidas en un letargo. Deberían esperar muchos años para volver a un Chile que jamás reencontraron.

## **En Concepción**

Alejandro y sus compañeros se batían con los militantes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). La Universidad Técnica del Estado (UTE) era la sede y las asambleas el ring de combate. Corría el año 1971 y por la conducción de la Federación de la UTE (donde históricamente habían tenido hegemonía los comunistas) emergía, para Alejandro, un grupo de jóvenes pequeños burgueses que se autoproyectaban en su ideal como rebeldes cubanos.

En las clases había que ser el primero en todo, porque los comunistas tenían que demostrar con el ejemplo qué tipo de cuadro político necesitaba la Revolución. Incluso si le iba mal a alguno, pronto llegaban los compañeros de la base, a poner en fila a quien le estaba yendo mal.

El Partido estaba en todo, en la vida académica, pero también en el hogar, en las relaciones de pareja, en la condición social, pues uno era comunista las 24 horas y los siete días de la semana. Por aquella época, algunas señoras, podían incluso llegar al Comité Central a denunciar a su marido militante por pegarles. En ese caso el Partido tomaba medidas, iba el encargado del Partido a hablar con el implicado y se iniciaba el proceso de control de cuadros, pues no se podía ser un militante revolucionario por un lado y por el otro, un opresor en la morada.

En ese ambiente llegó Alejandro a militar. Quien se preocupó una vez en cómo incrementar el número de miembros de su base a través de una política de crecimiento, fue también una víctima de esa política, cuando casi sin saberlo, estaba con un pie en la militancia, ayudando en pequeñeces a sus amigos de la Jota. Un día colaboró pintando con la Brigada muralista Ramona Parra, otro vigiló en la esquina mientras los miembros de la brigada de papelógrafos pegaban las consignas, luego saltó una cerca y se cortó la pierna con los compañeros de la Comisión de Ocupa de la juventud, que se tomaban departamentos para aumentar los cupos de hogares universitarios. Así, hasta que un día participó en un pomposo acto donde entre los nombres de los nuevos integrantes de las JJCC y a quienes se les entregaría el carnet delante de toda la universidad, sonó el suyo como un disparo. Alejandro se acercó a la tarima impulsado por los empujones de sus amigos comunistas que le decían “vamos, anda huevón” y desde allí comenzó a escribirse una larga historia.

## **Ricitos de oro**

¿Quién le diría al pequeño José Valenzuela que lo asesinarían en la calle Pedro Donoso 582 y que su cuerpo sería hallado con 16 impactos de bala? ¿Y pensarse estudiando en la República Democrática Alemana, Bulgaria, Vietnam, Cuba, para finalizar combatiendo en las montañas de

Nicaragua y luego en Chile? ¿Cómo podría imaginarse ese muchacho que ante la mira de un lanzacohetes Law manipulado por él iba a estar la caravana de un tirano?

Pero esa vida no era para él, José Valenzuela nació en 1958 en el seno de una familia acomodada. Su madre Beatriz, era una de las más connotadas geólogas de Chile y partió junto a Pepo -como le decían- a Estados Unidos, país donde vivió parte de su infancia. Luego volvieron a Chile y se matriculó en uno de los colegios más exclusivos del país, el Nido de Águilas. Era difícil imaginar que de aquel ambiente perfumado por la reacción y la burguesía, nacería uno de los principales líderes de la organización revolucionaria y paramilitar más grande de la historia de Chile. Un joven que en poco tiempo destacaría por su liderazgo, estirpe y lucidez, a pesar de ser el menor de los 29 compañeros que en 1977 se agruparon en Bulgaria para formarse como oficiales regulares.

Mucho antes de Bulgaria, ya Pepo estaba siendo impregnado por los ideales socialistas. Su madre militante y su padre simpatizante, lo habían enamorado del conocimiento y la revolución. Hábil en las matemáticas y en las lenguas, llegó a hablar con fluidez cinco idiomas. Bondadoso desde sus rizos dorados a la médula. Un muchacho que ocupaba sus horas de descanso para ayudar a que se nivelaran los que la materia no les entraba.

Cuando tenía 14 años estalló el Golpe. Con su madre partieron al principio a Costa Rica y luego a Suecia, donde comenzó a militar en “la Jota” y luego fue enviado a una escuela de cuadros en Alemania Oriental donde estudió Marxismo Leninismo. Así fue, hasta que el Partido dio un viraje a su política, luego de que fuera exterminada el 80% de su Dirección Superior Política en Chile. A partir de ese momento comenzaría a escribirse otra historia: la Política de Rebelión Popular de Masas impulsaría a Pepo, a César, a Alejandro, Gencha y al resto de los compañeros a encontrarse en Bulgaria en 1977.

## II

A través de Radio Agricultura se anunciaban todos los días las eternas listas de “sospechosos” llamados a entregarse, estas columnas inacabables de nombres se convirtieron en el nuevo mantra que las madres y padres de la nación comenzaron a memorizar. César Quiroz sabía que su nombre, junto con el de todos sus compañeros, aparecería *ad eternum* en estos llamados a viva voz que los militares hacían, en un intento por neutralizar toda resistencia a la ocupación del país.

Quiroz se refugió en una de las casas de seguridad que el Partido tenía dispuestas en caso de una catástrofe político-social, esto era en la población Domingo Contreras Gómez, en Los Ángeles. En esa casa se encuentra con su hermano mayor, que había sido destinado al mismo lugar. Mercedes Moscoso, madre de César, acudía agitada a los distintos puntos en que se encontraba Quiroz y sus hermanos mayores, pidiéndoles (de buena fe, y sin saber el destino que tendrían muchos de estos “sospechosos” llamados a entregarse) que obedecieran las ordenes emanadas del alto mando militar. César y sus hermanos estaban lo suficientemente curtidos en materia de política y conflictos sociales como para saber, según lo que dictaban los antecedentes históricos, que entregarse sería una falta de precaución que podría costarles la vida.

Prendieron la radio y se enteraron de la muerte de Allende y la ocupación militar, fue en ese momento en que comprendieron que la situación no tenía retorno. Era necesario continuar con las labores del partido y hacer frente a esta difícil situación.

El Partido Comunista y la Jota se fusionan en una sola estructura partidaria, César queda asignado en la comisión de comunicación. En la misma población, a una cuadra, estaba la compañera que hacía de cabeza de la estructura de comunicación, junto con ella recibía y replicaba las informaciones que llegaban de todas las células del lugar, a fin de mantener alerta a toda la organización política.

Las especulaciones y falsas alarmas estaban a la orden del día en las primeras jornadas luego del golpe militar. El 14 de septiembre, llega a César y su célula la noticia de que unas tropas del

regimiento de alta montaña de Los Andes, liderados por el coronel Gustavo Cantuarias (abiertamente Allendista) realizarían una ofensiva en el lugar, por lo que debían prepararse. Al inventariar su armamento cayeron en cuenta de que no tenían casi nada. Finalmente eran todas presunciones, el coronel Cantuarias fue asesinado por sus mismos colegas el 3 de octubre de ese año.

Su estancia en la ciudad ya era insostenible. Las llamadas por la radio para entregarse eran cada vez más frecuentes. Quiroz es destinado a la localidad campestre de Chacayal, entre Los Ángeles y Antuco, allí se encuentra con dos importantes dirigentes del Partido: Darío Ibañez, presidente de la Central Única de Trabajadores, y Clemente Maldonado, presidente de la Federación de Sindicatos Comunes Campesinos (uno de los fundadores del Frente Patriótico Manuel Rodríguez). Los tres tenían planeado llegar a la zona de la cordillera y cruzar hacia Argentina. Llegaron hasta la comunidad de Santa Bárbara, lamentablemente para ellos el resguardo militar ahí era intenso, así que decidieron cambiar de plan.

La misión ahora era llegar a la localidad de Santa Fe, en Los Ángeles, y allí tomar un tren que venía desde el sur hacia Santiago. Viajando en el bus con destino a la estación se encontraron con un compañero del Partido, era asentado en un Centro de Reforma Agraria del lugar, “Victoria de la Candelaria”. Al comentarle a este hombre sus planes él dio un salto en el lugar, “Compañero, no vaya a Santa Fe, allá hay un retén militar y están revisando documentos. Se están metiendo en la boca del lobo”. Se bajaron con el compañero y llegaron hasta su asentamiento, ahí los mantuvo ocultos durante dos semanas.

César volvió a Los Ángeles. Pululó por la ciudad de una casa de seguridad a la otra hasta comienzos de noviembre, cuando se instaló en la casa de una prima de su madre en la ciudad de Concepción. Con ellos vivía un primo de él, infante de marina, que sabía los problemas que el joven militante estaba pasando, el militar lo hospedó en su vivienda por un tiempo.

En esas condiciones de clandestinidad y constante movimiento se mantuvo Quiroz hasta el 21 de diciembre de 1973, día en que decide trasladarse a Santiago. En la capital tenía un solo contacto, una mujer mayor, muy cultivada y cercana a las ideas de César. Raquel Señoret, la

última esposa del poeta Vicente Huidobro, había hecho muy buenas migas con el joven en sus escasos viajes a Santiago (por trabajos de La Jota), y le había prometido ayuda incondicional en caso de encontrarse en problemas a causa de su labor política.

César revisa el papel con las direcciones: “intersección de calle Loreto con calle Dardignac”. Volteó para ver el letrero de las calles, ahí estaba, frente a una hermosa casa en plena esquina de ambas avenidas. Raquel le había entregado las llaves de su casa con absoluta confianza. César llega hasta la puerta, mete la llave, y antes de que pueda girarla siente el pomo moverse, Señoret abre la puerta y le dice “Te estaba esperando”.

Ese tiempo en Santiago fue de extrema cautela. Quiroz salió muy poco de la casa, unas cuantas veces fue a una base de la zona norte de las Juventudes Comunistas, para intentar reincorporarse al trabajo político, pero estaba sin documentos y su condición de remiso del servicio militar se había transformado en desertión (por el estado de guerra); la pena para los desertores era el fusilamiento. Sólo un día se tomó la libertad de ir a “Cinerama”, una vieja sala de cine frente al Cerro Santa Lucía, para ver la película “El faro del fin del mundo”.

Sus compañeros en la capital le recomendaron exiliarse, su situación era muy delicada y esa parecía la opción más lógica. Raquel y César discutieron largamente el asunto y decidieron que lo más conveniente era alojarse en la embajada argentina, para luego ser trasladado al país vecino. La embajada trasandina, junto a la ayuda de Naciones Unidas y otras organizaciones de derechos humanos, recibía a los perseguidos políticos y los trasladaba con su contingente militar hacia el otro lado de la cordillera. El edificio estaba atiborrado de disidentes de todo el espectro político que se las habían ingeniado para burlar la seguridad de carabineros al exterior del lugar.

Los refugiados de la embajada intentaban ayudar de todas las maneras posibles a quienes estaban en el exterior y necesitaban asilo. Utilizaban un sistema de alerta por medio de toallas que colgaban en la terraza del edificio: toallas rojas significaba peligro (gran vigilancia policial en los alrededores), amarillas era precaución y verdes que era el momento indicado para hacer una maniobra. César estaba atento a esas señales y junto a Raquel revisaban el lugar, tomando nota de los cambios de guardia y cualquier otro detalle. Una noche, el 30 de diciembre de ese

año, los dos recorrían el inicio de calle Vicuña Mackenna, donde se encontraba la embajada argentina. Al acercarse al frontis vieron a un hombre borracho zigzaguear. De pronto el tipo tropieza y se lanza contra la valla de seguridad; el carabinero de guardia, subametralladora en mano, no titubea y le da una ráfaga de disparos, asesinándolo en el lugar.

El día cuatro de enero de 1974 César se decide: ese sería el día en que lograría alojarse en la embajada argentina. Llegó temprano al edificio del consulado argentino, aldaño al de la embajada, con un frasco de pastillas. Quiroz tiene una enfermedad crónica, y en el lugar en que estaba entregaban medicamentos gratuitos. En medio de la fila de atención Nicolás observa con detalle: sabía que en una de las oficinas había una ventana que daba a uno de los patios de la embajada. La secretaria de dicha oficina toma un breve descanso y sale de su cubículo, momento que él aprovecha para avanzar hacia el lugar y lanzarse a través de la ventanilla. Cae sobre una mata de rosas del patio de la embajada, afuera un carabinero de guardia comienza a apuntarle con su subametralladora, amagando una ronda de disparos. Los asilados le hacen señas y lo guían al interior del edificio. Por el momento Nicolás estaba a salvo.

Ya dentro, César es recibido por cientos de refugiados políticos (en ese momento quizás eran 300). Estuvo durante más de tres meses recluido en el lugar, hasta que en abril es trasladado por un bus de la ONU hasta el aeropuerto, donde un avión de la Fuerza Aérea Argentina lo llevaría junto con otros compañeros de lucha hasta la capital del país trasandino.

## **Allende Los Andes**

Llega al centro de Buenos Aires, al hotel “Savoy” en avenida Callao, allí estuvo una semana hasta asignársele una casa-refugio de las Naciones Unidas en el bohemio barrio “Brasil”. César trabajo en diferentes oficios: fue reponedor, cargador en la vega, recolector de basura y pintor de brocha gorda. Finalmente encuentra un trabajo estable en el puerto; un viejo comerciante italiano, Julio César Buonanotte, tenía tres embarcaciones que viajaban de Brasil hasta Argentina y traían



al muelle unas maderas cubiertas de un extraño aserrín negro. El trabajo del joven consistía en remover ese polvillo de las maderas y limpiar los barcos.

Al igual que muchos otros jóvenes César Quiroz creía que el regreso estaba pronto, que la dictadura sería derrocada rápidamente y podrían volver para reestablecer la democracia interrumpida. Es por eso que estaba cómodo en un lugar como Argentina, cerca de su país.

Así estuvo hasta inicios de 1975, cuando decide junto a sus 21 compañeros trasladarse hasta la ciudad de Rosario. Había recibido un ofrecimiento de trabajo en ese lugar, de un viejo miembro del Partido Comunista Argentino cuyo hermano administraba una gran distribuidora de libros al por mayor. Esta fue una etapa de bonanza económica y política para César, trabaja en su célula en las áreas de educación, formación y solidaridad con Chile. El encargado de su estructura política era el destacado periodista chileno Mario Gómez López, él era el encargado de hacer los contactos con Chile e informar a sus compañeros.

Su tranquilidad se vería interrumpida bruscamente por el desarrollo de los acontecimientos políticos. Luego de la muerte de Juan Domingo Perón en julio de 1974, asume la presidencia su esposa, María Estela Martínez. “Isabel Perón”, como era conocida, comenzó a apoyarse fuertemente en su ministro de Bienestar Social, José López Rega. López Rega fue uno de los principales promotores de la “Alianza Anticomunista Argentina”, un grupo paramilitar de extrema derecha Peronista que acabó con la vida de cientos de argentinos durante la década de los 70. El clima comenzó a hacerse insostenible para los militantes de izquierda con intenciones revolucionarias, Julio César Quiroz es declarado, junto a otros 21 compañeros, un peligro para la seguridad interior del Estado. Le dan diez días para abandonar el país.

Un desesperado César comienza a recorrer las embajadas de todos los países con gobiernos “progresistas”, hasta que el Gobierno de Dinamarca le abre las puertas. Fue expulsado en Junio de 1975 y en septiembre de ese año viaja al país nórdico. Llega a la ciudad de Ribe, al suroeste de la nación, y comienza a rearmar su vida allí. Llevaba una agitada vida como funcionario del Partido Comunista en esa ciudad; pese a no gozar de sueldo tenía horarios fijos y una gran cantidad de responsabilidades. Todos los fines de semanas ponían un stand en el principal paseo

peatonal de la ciudad, tenían pancartas, grupos de música y folletos con información. Asistían con frecuencia también al Partido Comunista Danés.

Julio César veía una sociedad danesa muy disgregada y fría. Los jóvenes abandonaban el hogar familiar a temprana edad y perdían relaciones con sus familias. A sus 22 años, físicamente bien parecido, este “cabecita negra” (como llamaban en ese lugar a los latinoamericanos) tenía mucho éxito con las nórdicas, pero eran relaciones vacías. Se trataba siempre de lo mismo, una noche y luego “*Farvel*” (“adiós” en danés) para siempre

Luego de un año de estadía en Dinamarca el Partido Comunista le ofrece a Quiroz la oportunidad de formalizar sus estudios políticos en una Escuela de Cuadros (centros de formación política organizados por instituciones o partidos políticos, para la formación teórica de sus masas) en la ciudad de Moscú, en la Unión Soviética. En septiembre de 1976 llega a la escuela *Komsomol* (Juventudes Comunistas de la Unión Soviética, por sus siglas en ruso).

En esta escuela recibe una contundente formación teórica. Las convicciones de César se hicieron ciencia; todo aquello que era corazón y mística se unió con el marxismo, la filosofía, la economía política y el comunismo científico. Paralelamente, Quiroz siempre tuvo el sueño de estudiar medicina, allí tenía la posibilidad de realizar ese sueño; sin embargo, nunca puso esos ideales por sobre la realidad material que vivían él y su país.

Era otoño de 1977 en Rusia, César Quiroz se encontraba rondando por el campus de su escuela en Moscú cuando un compañero de las juventudes comunistas le comenta: “César, un compañero del Partido te está buscando, dice que es importante”. Quiroz se reúne con este misterioso compañero en la biblioteca de la escuela.

“Tío Alberto”, así era conocido este hombre entrado en años, siempre con una particular boina, que viajaba por Europa reclutando a chilenos de las Juventudes comunistas en el exilio. César sabía que este hombre era Gilberto Canales. Canales era un viejo dirigente del Partido Comunista de Chile al que se le había encargado la misión de reclutar miembros para la formación de cuadros militares profesionales en el bloque socialista europeo, que luego pudieran

retornar a Chile y terminar con la dictadura militar. Éste es el personaje común en la historia de todos los “Búlgaros”, jóvenes que recibirían una instrucción militar de elite y serían encargados de gestar la resistencia más fiera al régimen de Pinochet.

Su compatriota le contó sin eufemismos, pero tampoco con mucho detalle, lo que hacía allí en ese momento: El Partido estaba buscando jóvenes para formarse militarmente en una universidad de Guerra en Bulgaria. Era una tarea que implicaba muchísimos sacrificios y también muchos riesgos. Estarían varios años con un alto nivel de clandestinidad: Desde ahora, hasta que terminara su formación, e incluso luego de esto, dejarían de usar para siempre sus identidades chilenas. Entre ellos se reconocerían por las identidades e historias que les entregara el Partido, esas mismas historias serán las que conocerá todo el mundo desde ahora.

Alberto le dijo a César que lo pensara, que le daría un tiempo y volvería para recibir su respuesta. Este viejo comunista no contaba con el poder de las convicciones de Quiroz; su respuesta fue inmediata: “No necesito más tiempo ni que usted vuelva luego para que le de mi respuesta. Mi respuesta es sí, estoy dispuesto”.

## **Cambio de planes**

Francisco Baeza Quiñones proviene de una familia de profesionales universitarios, su intención era seguir el mismo camino que ellos. En 1972 egresa del liceo y logra inscribirse, para el año siguiente, en la carrera de Ingeniería en minas en la Universidad de Chile. El presidente Salvador Allende señaló en aquella época que la necesidad del país era por técnicos, no egresados de carreras tradicionales; en su compromiso militante con el gobierno de la Unidad Popular, Francisco cambia la carrera de Ingeniería por la de Técnico en minas en la Universidad Técnica del Estado. Debía presentarse a clases el 24 de septiembre de 1973.

Baeza pensaba, como miles de chilenos al inicio de la dictadura, que el proceso de quiebre democrático sería corto, menos represivo y sanguinario de lo que demostró ser. Pocos días después del Golpe de Estado Francisco se dirigió a la universidad para hacer los papeleos finales, antes de eso decidió pasar por casa de una prima cercana a él.

“¡Francisco, no vayas a la universidad. Acaban de allanar mi casa y estaban buscándote!”. Con esta advertencia de su prima comenzaría el viaje más largo en la vida de este joven militante de las Juventudes Comunistas. El azar decidió que ese mismo día Francisco se cruzara con un compañero en común, con quien comenzaría a estudiar en la UTE. “Compadre, no se presente, en la universidad están preguntando por ti”. Baeza estaba profundamente extrañado, no conocía a nadie en esa universidad, no entendía entonces por qué alguien lo buscaría por allí. Finalmente decidió hacer caso a esta seguidilla de advertencias y no se presentó. Unos días después llegaría una carta de expulsión de la UTE al domicilio de Baeza.

El día del allanamiento de la casa de Francisco y su familia, llegó el 16 de septiembre, cinco días después del golpe militar. Al momento de la intervención se realizaba una pichanga en medio de la calle entre los chicos del barrio. El flujo de la pelota se detuvo con el bamboleo de luces inquisidoras, el rugir de motores y la percusión de armamentos contra las rejas de las casas. Los militares comenzaron a parar todo movimiento extraño e iniciaron las detenciones. Al hermano menor de Baeza, que entonces tenía 12 años, fue puesto de rodillas y se le apuntó directamente con una metralleta: esta era la forma en que los militares le decían al resto de la calle que no estaban jugando. A la casa de Francisco ingresaron en busca de armamento retuvieron dos discos musicales del grupo “Quilapayún” y un libro titulado “El Guerrillero”, sobre la vida del libertador Manuel Rodríguez y su hermano Carlos. Francisco fue detenido en uno de los camiones y luego liberado.

En febrero de 1974 Baeza fue citado al regimiento para el inicio de su instrucción militar obligatoria. Él sufría de astigmatismo, que en aquel entonces era causal de eximición en el Ejército chileno, por eso le sorprendió este llamado de la milicia. Decidió presentarse en la Escuela Militar. Allí estuvo cuatro días, lo raparon y le enseñaron a marchar, todo eso mientras aún vestía como civil. Al cuarto día llegaron al lugar varios camiones con la tarea de llevar a los

reclutas a su destino de formación militar, se bajaron militares con largas listas en las que se indicaba nombre y lugar de destino; Francisco Baeza Quiñones no figuraba en ninguna de ellas. En total cinco personas quedaron excluidas de esta selección.

*“Para ustedes no tenemos ni vestimenta ni armamento, así que deben presentarse el primero de marzo en la Fuerza Aérea de Chile (FACH) para regularizar su situación”.* Baeza pensó románticamente en la posibilidad de ser un aviador y sobrevolar la ciudad. En el camino de vuelta a su casa, en un paradero en Avenida Américo Vespucio, alguien se acerca por atrás a Francisco, *“no te des vuelta. Yo y el resto de los rezagados no nos vamos a presentar a la FACH el uno de marzo. Soy militante de las Juventudes Comunistas, si tú estás en algún partido de izquierda o tienes esa tendencia política tampoco deberías presentarte, puede ser peligroso”.*

Al llegar a su casa Francisco conversó con su padre sobre la situación que vivió en el regimiento y éste se comprometió a averiguar qué había ocurrido. En ese momento el padre de Baeza se encontraba en proceso de vender un terreno en la localidad de El Quisco, debido a la estrechez económica por la que pasaban luego de que fuera despedido de su trabajo por motivos ideológicos. El comprador era un colega, abogado del movimiento político de ultraderecha “Patria y Libertad”, bien conectado con el poder desde la instauración del régimen militar. A él le pidió que averiguara sobre este extraño cambio en el llamado militar de su hijo, “no seas paranoico, si los de derecha no somos tan malos, probablemente hay un motivo razonable por el que lo hayan cambiado de lugar” fue su primera respuesta.

Esa misma noche de febrero el colega del padre de Baeza vuelve visiblemente tenso, se dirige al joven y le grita, histérico: “¡cabro de mierda, en que estupideces te estás metiendo!”. Francisco se sorprendió, él apenas conocía a este hombre como para que le grite e insulte así. “Los militares pretenden que tu hijo entre a la FACH para luego abrirle un consejo de guerra, tienes que sacarlo del país dentro de una semana”.

## **El inicio de un largo viaje**

Dentro de la misma semana que tenía de plazo para abandonar el país, Francisco tomó un avión en el aeropuerto de Pudahuel con destino a Lima, Perú. Allí lo esperaba una colega de su madre, militante del Partido Comunista, que había escapado al inicio de la dictadura. Durante dos meses se mantuvo en la capital de ese país haciendo todo tipo de trabajos: fontanería, limpieza de chimeneas, construcción. No recibía ningún tipo de noticias de parte de su familia, pero ellos podían saber que él estaba bien por medio de un contacto en la iglesia que pasaba mensajes a Chile.

Luego de esos dos meses llegó el hermano mayor de Francisco, más involucrado en ese momento en actividades del Partido Comunista, y más al tanto de la situación concreta que se vivía en el país. A él y a su hermano llegó la noticia de que sus padres están preparando su exilio a Alemania, y que los boletos para que ellos dos se reúnan con el resto de la familia en Europa ya habían sido dispuestos por Amnistía Internacional.

Ya en Alemania con el resto de su familia, Francisco es seleccionado por las JJCC para estudiar en la escuela de cuadros internacional de la República Democrática Alemana. El cupo en la escuela era para dos mil alemanes y mil extranjeros, la delegación chilena estaba compuesta por diez personas: miembros de las Juventudes Socialistas, militantes del Movimiento de Acción Popular Unitaria Obrero Campesino (MAPU-OC) y gente de las Juventudes Comunistas. Baeza consideraba esta nominación como un premio por su destacada participación en las actividades de la Jota en Chile. Él quedó encargado de su delegación.

Durante un año en la escuela de cuadros de Bernau este joven vivió uno de los periodos más bellos y fructíferos de su vida: Se encantó con la literatura y el debate, conoció realidades de todo el mundo y forjó fuertes lazos de amistad. La función principal de la escuela de cuadros era instruir a los jóvenes en materia de ciencias políticas y filosofía, todo esto desde la perspectiva del marxismo-leninismo. La formación en esas escuelas, presentes en diversos sitios del bloque socialista, fue de importancia capital para todos quienes luego se integrarían al proceso de lucha

revolucionaria; cada escuela tenía visiones divergentes sobre conceptos clave del marxismo, esto variaba según la cultura y los procesos históricos por los que haya pasado cada lugar en que se impartían las clases.

A fines de los años setenta, frente a una coyuntura tan adversa para la izquierda chilena como era la dictadura, el Partido Comunista de Chile decide dar un giro en términos de conducción política. El Comité Central del Partido resolvió que había un vacío histórico, en términos del empoderamiento del mundo popular, que debía ser llenado. En este marco se gesta la Política de Rebelión Popular de Masas, que propone (entre muchas otras cosas) la formación de una milicia profesional, con conciencia de clase y al servicio del pueblo.

Un personaje fundamental en este proceso de formación de un “Ejército Popular” es “el tío Alberto”, aquel viejo de gorra y baja estatura que viajó por Europa reclutando a jóvenes para un largo y riguroso proceso de formación militar. Con Francisco él fue claro, cuando un país está en una situación crítica puede pedir la ayuda de médicos, políticos o abogados, pero la intervención militar es un tema mucho más complejo. Era necesario formar un ejército de élite, con la mejor formación que el bloque socialista podía ofrecer; vivirían enclaustrados por largo tiempo, utilizarán otras identidades y podían ser llamados en cualquier momento a cumplir misiones de alto riesgo. Todo esto rondaba la cabeza de Francisco cuando acepto sin titubeo alguno.

## **De Concepción a Escandinavia**

Alejandro estaba en el barrio universitario de Concepción cuando llegó a sus oídos la noticia del Golpe. La desestimó en un primer momento, hace dos meses ya había ocurrido un intento de Golpe de Estado, entonces pensó que de ahora en adelante sería como el cuento de “Pedrito y el lobo”. Todo eso cambió cuando vio, al cruzar el portón central de la facultad de medicina de su universidad, el ingreso de camiones militares al recinto. La situación era grave y ya todos se estaban dando cuenta. Un compañero de curso, militante del Partido Demócrata Cristiano, lo

miró pálido y le dijo “Alejo, yo creo en las ideas de mi partido, pero si están apoyando esto te aseguro que se equivocan”.

Desde Concepción Alejandro viajó de vuelta a Santiago, allí trataría de poner en orden sus ideas y decidir qué acciones tomar, especialmente considerando el clima de persecución que se acercaba sobre las cabezas de los militantes de partidos de izquierda. Empezó una nueva época en Chile en que los temas que constituían la cotidianidad de Alejandro estarían vetados en el espacio público (si es que no también, por desgracia, en el espacio privado). Cautelosamente se reintegraron las comunicaciones con compañeros de Concepción que habían vuelto a la capital, o quienes eran de regiones y abandonaron, por precaución, sus hogares.

Entrado 1975 comenzó una persecución mucho más dirigida al Partido Comunista y las Juventudes Comunistas. Caen dos direcciones centrales del PC y la dirección de las JJCC se vio arrastrada en esta purga. En 1976 la vida de jóvenes militantes como Alejandro corría un peligro inminente; la dirección de la Jota le pide que abandone el país lo antes posible.

Alejandro llegó primero a Argentina, una estadía breve que daría paso a una estancia más larga en Suecia. Allí las condiciones de información y comunicación eran mucho más abiertas y amables; podía enterarse de muchas cosas que no sabía estando en Chile, y estaba al tanto también de las reflexiones y decisiones que su Partido tomaba a través del “boletín exterior del Partido Comunista”, un pasquín rojo que contenía toda la información que los militantes necesitaban.

Es en este boletín donde Alejandro comenzó a vislumbrar el cambio que se estaba generando en la manera coyuntural de hacer política de su Partido. La situación era realmente adversa: no había parlamento, sindicatos, partidos o agrupaciones políticas, las persecuciones y desapariciones se daban ya con toda intensidad. El Partido debía adaptarse a este cambio de contexto e incorporar el componente militar para enfrentar efectivamente la represión de la dictadura.



“Alejo” nunca fue un hombre cercano a las armas o a la violencia, pero entendía que la decisión del Partido de optar por la vía armada tenía sentido en esas circunstancias. *“La violencia está presente en todos los procesos de cambio, en todas las transiciones. Llegar a este mundo luego de estar nueve meses en el vientre materno es violento, pero es necesario para llegar a la vida. La nacionalización del cobre en el tiempo de Allende fue muy violento para quienes eran dueños de nuestros recursos naturales, pero era la forma para emanciparnos; la violencia y las armas son dos conceptos distintos”*.

El hombre de la gorra, el viejo comunista al que llamaban “Tío Alberto” se hizo presente nuevamente, esta vez en Suecia, donde le comentaría “a palo seco” a Alejandro sobre lo sacrificado de esta misión. Pasarían a tener otra nacionalidad; llevarían otros nombres, otras canciones y otras historias, las calles de su infancia serían unas muy lejanas; sus amores tendrían otras formas y otros colores. Tendría que convencerse de que esa era la realidad, y convencer al resto del mundo de lo mismo.

Aceptar o no esta misión, consistente en cursar una carrera completa de oficial en una academia de artes militares, no tenía que ver ya con los planes personales de Alejandro. Él podía perfectamente haberse negado, aprender bien el idioma y obtener un título de la carrera que eligiese. Eso hubiera sido si hubiera pensado sólo en él, pero en su cabeza ya rondaba una idea más grande, una sobre el bienestar colectivo, sobre la lucha por un futuro mejor para todos, no sólo para él. Alejandro había emprendido un viaje que ya no tenía vuelta atrás, ya no podía correr la vista cuando veía una situación injusta cerca de él, estaba totalmente comprometido con la causa de obtener un mundo mejor... pero para todos.

### III

Rodrigo y su grupo estaban en medio del bosque cuando rompió la tormenta. La oscuridad se había devorado todo y para no perderse entre los árboles se tomaron de las manos. Con los relámpagos se iluminaba la brújula que tenían, pero las agujas daban vueltas por todas partes por el campo magnético que generaban los rayos. Caminaron en círculos despistadamente hasta casi medianoche, pasando un buen rato sin ver rastros de civilización por parte alguna. Los Balcanes cayeron sobre sus cuerpos junto a la lluvia que congeló sus AK-762.

Habían pasado más de cuatro horas desde que salieron de la escuela hacia una expedición de entrenamiento para la clase de Topografía. Ahora estaban sin rumbo ni orientación en medio del monte y preocupados por no cruzar sin querer una frontera indebida que los llevara a topar territorio de la OTAN.

En un momento la angustia se apoderó de todos, pero Alejandro halló las primeras luces de una aldea a lo lejos. Se apresuraron hacia ella y descendieron del bosque hasta una pequeña casa de madera de la que salió una pareja de campesinos búlgaros que quedaron espantados ante Rodrigo y sus compañeros: un pelotón armado, cubiertos de barro, vistiendo el uniforme del Ejército Popular Búlgaro, pero ninguno hablaba perfectamente el idioma. La pareja de campesinos veían en ellos un aspecto similar a los turcos, así que los condujeron hasta el alcalde del pueblo donde se produjo un curioso encuentro.

El alcalde de aquella localidad, llamó apresurado a la Academia Militar Vasil Levki para corroborar la versión que le dieron aquellos soldados con cara de turcos. Luego de aclarar el mal entendido con el alcalde, esperaron la llegada del oficial a cargo del grupo y la tropa fue devuelta a la escuela militar sin inconvenientes. Aquel incidente ocurrió a finales de los años 70 en plena Guerra Fría.

Así era la vida en Veliko Tarnovo, más bien monótona y lo único extraordinario era este tipo de eventos. De vez en cuando ocurrían incidentes así, pero nada que calmara la angustia por salir de la institución militar a la que llegaron en 1978. Algunos estaban ansiosos por volver a Chile para ponerse a disposición de combate; otros se apuntaron como voluntarios para luchar en viajes imaginarios a Nicaragua junto a los sandinistas. No muchos querían continuar el simulacro de guerra mientras en Chile permanecía el tirano. Además, la escuela era un cementerio si lo comparaban con el Instituto de Estudios Extranjeros, donde tuvieron que aprender primeramente el idioma y donde compartieron por más de un año con jóvenes de izquierda y comunistas de todo el mundo: cubanos, soviéticos, vietnamitas, yemenitas, mongoles, portugueses, norcoreanos, griegos y chipriotas, quienes estaban allí preparándose para ingresar a las universidades búlgaras a estudiar distintas disciplinas para regresar a sus países como profesionales. Aquel instituto y las universidades para las que se preparaban los estudiantes extranjeros quedaban en Sofía, mientras que Rodrigo y sus compañeros serían formados como oficiales de tropas generales en Veliko Tarnovo, en la Universidad Militar Nacional Vasil Levski durante cuatro años, alejados de quienes conocieron en el instituto, de la capital búlgara y del resto del mundo.

### **Campesinos e intelectuales**

El grupo de 30 chilenos que se formaba en estudios superiores militares contaba con un promedio de edad de 22 años. En principio eran 31, pero uno nunca llegó a la escuela, se quedó en Sofía y murió de alcoholismo debajo de un puente el año 2010. A mitad de los estudios, otro se dio cuenta que lo suyo no era la vida militar y aunque trató de convencer a otros para que se retiraran con él de la escuela, se decidió que retornara al país del cual había llegado. Finalmente se graduaron los 29 que quedaron, obteniendo todos el grado de Teniente.

Luego del año de estudios en Sofía, los chilenos llegaron a Vasil Levski. Aprender búlgaro fue más fácil para los que provenían de la URSS, como era el caso de Gencha. Los que llegaron de Italia, Noruega, Rumania, Hungría, Suecia, Dinamarca, Alemania Federal o la RDA, no

podieron comprender con tanta facilidad ese idioma extraño que se escribe con el alfabeto cirílico -como el ruso- y que tiene una entonación parecida al griego. La fastidiosa estadía en Vasil Levski, se hacía más agobiante por el lugar donde se ubicaba: la ciudad de Veliko Tarnovo, 221 kilómetros al este de Sofía, al centro norte del país. Se trata de una tranquila urbe a las faldas de los Balcanes, un “Valparaíso sin mar” con casas colgantes de madera a la orilla del río Yantra.

Veliko Tarnovo ostenta orgullosa la fortaleza medieval Tsarevets, que durante el Segundo Imperio Búlgaro se convirtió en el baluarte más poderoso del siglo X al XII, encontrándose allí el palacio real y patriarcal. Ese fue el punto de encuentro de aquellos militantes comunistas que al principio no tenían muy claro qué hacían allí.

En el avión de Estocolmo a Sofía en el que iban Rodrigo, Gustavo, Mario y Alejandro conversaban sobre la misión. Hubo quien llegó a Bulgaria pensando que estudiaría Ingeniería o Agronomía luego de su encuentro con el “tío Alberto”, que no había especificado bien cuál era “la tarea” que orientó el Partido. Otros con mayor intuición se imaginaron vistiendo el verde olivo.

Al llegar al instituto, y después de una hermosa ceremonia en un lugar histórico de Los Balcanes, todos automáticamente dejaron de ser miembros de la Jota y pasaron -como dicen los comunistas- a formar parte del Partido “por las características de la tarea”: una misión que era supervisada por el órgano principal de los comunistas chilenos. Aunque todos provenían de la misma “escuela” que era la Jota, en Bulgaria se habían distinguido claramente dos grupos: los campesinos y los universitarios.

Casi todos los campesinos eran aquellos que venían de la Unión Soviética y que salieron de Chile antes del Golpe para formarse en el uso de instrumentos agrícolas en zonas rurales. Los universitarios, era el otro resto de quienes estaban allí, los que en Chile estudiaron en la UTE o quienes habían pasado previamente por institutos superiores en la República Democrática Alemana (RDA).

A los primeros les fue muy bien en el idioma y en poco tiempo se explayaban en conversaciones con profesores y compañeros búlgaros. Los segundos tuvieron que aprender dos idiomas de golpe: con el que les iban a impartir clases, el búlgaro; y con el lenguaje que estaban todos los instrumentos y manuales militares, el ruso. Pero para el grupo campesino no todo fue

fácil pues la mayoría no había terminado la enseñanza media e incluso había quienes sólo completaron parte de la básica, por lo que llegar a una academia de estudios superiores -donde se manejaban conceptos académicos-, implicaba para ellos un mayor esfuerzo.

Entre los universitarios con mayor nivel de estudios y los campesinos diestros en ruso se complementó el grupo.

### **Vasil Levski**

El primer día en la Universidad Militar Nacional Vasil Levski, “la escuela”, fue una sorpresa doble. Los chilenos estaban alucinados con aquella institución y expectantes del desafío que se les presentaba; los búlgaros tenían compañeros nuevos que nadie sabía de dónde eran. Para los estudiantes búlgaros era todo un misterio, pues los chilenos no parecían provenir de ningún país perteneciente al Consejo de Asistencia Económica Mutua (CAME) - acuerdo comercial y político entre los países socialistas bajo el eje de Moscú-. Al final los chilenos se pusieron de acuerdo y a todos los que preguntaron, les dijeron que eran cubanos.

En la escuela todos los miembros del grupo tenían que pasar alguna vez al mando, que se iba rotando para que todos aprendieran a dar instrucciones y órdenes. El que dirigía estaba encargado de entregar “los partes” a los profesores y superiores: dando los datos de cumplimientos, asistencias y los motivos de las ausencias.

Una de las cosas más raras era que ni los rusos ni los búlgaros solían usar calcetines por aquella época, sino que peales, un trozo de tela largo en forma de triángulo donde se envolvían el pie. En la escuela se le pasaban a los chilenos esos paños, que nadie sabía apretar bien, por lo que les provocaba una molestia horrible. Con ese trapo entre los pies había que ir a al campo de entrenamiento, hacer ejercicios, correr y saltar. En un principio a casi todos les salieron ampollas, porque no sabían cómo usar esos “pañales para pies”, pero con el tiempo y la necesidad se vieron obligados a aprender cómo ponérselos bien.

Pasaron a vivir en cubículos de cuatro camas en el cuarto piso del edificio de habitaciones de la escuela. Básicamente la rutina de todos los días empezaba cuando el encargado de la guardia, levantaba al resto de sus compañeros. Eso se hacía a las 5:30 de la mañana. En ese momento se ponían los pantalones, una camisa o una chaqueta y salían a trotar 20 minutos; luego 10 minutos de ejercicios que consistía en hacer paralelas, lagartijas, flexiones y barras. Finalmente volvían al cubículo, se bañaban, se afeitaban y se formaban frente al comedor para desayunar.

La comida era abundante y la gran mayoría casi no se la podían comer por completo, por lo que el grupo aprovechaba y se preparaba un sándwich para el resto de la tarde. A la voz de mando, se acaba el desayuno y se iban a la salas de clases que quedaban debajo del edificio donde estaban las habitaciones.

En las tardes se dedicaban a la autopreparación. Pasaban en las aulas de estudio profundizando lo que habían aprendido o en el campo de entrenamiento haciendo deportes, levantando pesas o yendo a lugares donde podían comprar *Bozáa*, un refresco sin alcohol, espeso, dulce, muy agradable y popular en Bulgaria.

Habían unas pocas horas de esparcimiento y allí los chicos aprovechaban para ir a comprar o para tocar el charango y las guitarras que llevaron a Vasil Levski. Esa pasión por la música hizo que en poco tiempo cinco de los chilenos crearan un conjunto que tocaba las canciones típicas cubanas... con charango.

Mientras tanto dentro del grupo, Rodrigo se iba destacando entre todos por su carisma. Ver a ese muchacho extremadamente delgado portando un lanzacohetes RPG7, era un poco gracioso, pero la fuerza de Rodrigo no venía precisamente de los músculos de sus brazos. Él era un líder que generaba unidad por su carácter apacible e inteligencia. Era hábil aprendiendo idiomas -sabía siete-, tácticas, con un gran talento para las matemáticas, pero nada de eso hacía que se sintiera mejor que los demás. Su facilidad para memorizar y comprender el estudio le daba mucho rato libre que dedicaba por completo para apoyar a los más rezagados del curso.

## **El *sbod* de extranjeros**

En clases, los chilenos se dividían en dos *sbod* (pelotones) y estudiaban en dos aulas diferentes donde se preparaban en el desarrollo teórico de tácticas, estudiaban filosofía, economía política, idioma ruso. Luego salían en dos camiones hacia los campos de entrenamiento para las clases prácticas que consistían en tiro, posicionamiento, manejo de artillería pesada, artillería de compañía y uso de armas ligeras (pistolas, fusiles, ametralladoras, lanzacohetes). Todo eso usando blancos fijos y móviles.

Al pasar los años fueron evolucionando en el uso de armamento y la complejidad del objetivo, aprendido incluso cómo volar un tanque a 400 metros de distancia con el uso de lanzacohetes RPG7 o con piezas de artillería de campaña como morteros. Cursaban además, una asignatura sobre tanques que iba desde la conducción hasta el uso de su cañón. Aprendieron también el manejo de otros tipos de vehículos de transporte blindado: transporte de personal, vehículos de combate de infantería (BTR), artillería autopropulsada y todo tipo de instrumentos que estarían bajo su mando cuando se graduaran de oficiales de tropas generales.

El estudio no sólo implicaba un aprendizaje militar, sino que también les enseñaban acerca de motores, conocimiento con lo que todos pudieron obtener el único título de civil que adquirieron por aquellos años: ingenieros en motores de combustión interna.

En general los chilenos aprendieron en la Universidad Militar Vasil Levski las tácticas para mover unidades militares, el manejo de escuadras, compañías, pelotones, incluso batallones. Tenía preparación en comunicaciones, artillería, tanques, guerra química, manejo de grupos de exploración, conocimiento de los distintos tipos de operaciones militares tanto de defensa como de ataque, métodos de batalla, tipos de emboscada, estudio de condiciones climáticas, conocimiento del terreno, topografía, identificar objetivos en un mapa “sin el uso del GPS”. Finalmente el destino de estos futuros oficiales de tropas generales era saber trabajar con todos estos elementos para su uso en maniobras complejas de la guerra moderna.

## **El permiso para casarse**

Por la importancia de la “tarea” que estaban cumpliendo, la relación con el sexo opuesto para aquellos que buscaban una pareja, tenía sus bemoles. Al principio no se podía siquiera pololear. No era una orden explícita, pero para este tipo de misión era lo más aconsejable. Además, a la compañera Elena, la encargada del grupo por el Partido, no le gustaba mucho la idea. De todas formas, en poco tiempo los cadetes se rebelaron a esa instrucción.

Los chilenos se hicieron amigos de Pepa Cherneva, una búlgara que estaba a cargo del Centro Cultural de Amistad Ruso-Búlgaro, cerca de la escuela. En ese lugar se hacían unos encuentros a las que iban chicas de un curso de filología, que estudiaban en la Universidad Pedagógica Hermanos Cirilo y Metodio, también en Veliko Tarnovo. En poco tiempo los cadetes se hicieron amigos de las estudiantes de Filología y de vez en cuando las invitaban a paseos o viajes fuera de la ciudad. Algunos se enamoraron y comenzaron a pololear.

Leo tenía una novia en Sofía, una búlgara que conoció cuando estudiaban idiomas. Ella lo iba a ver a Veliko Tarnovo un par de veces al año. Cuando Leo y el grupo estuvieron estudiando en Sofía, le dijeron al resto de sus compañeros del Instituto de Estudios Extranjeros, que al terminar el curso irían al interior de Bulgaria para estudiar Agronomía. El artificio que habían armado comenzó a perder fuerza. Para sus compañeros búlgaros y algunas filólogas eran cubanos, pero en Sofía todos los conocían como chilenos. En la escuela se llamaban entre ellos por sus chapas, pero llegaron a Veliko Tarnovo con otros nombres. De todas formas continuaron manteniendo relaciones con chicas.

El Partido Comunista Búlgaro y la escuela tenían un acuerdo para las vacaciones, fecha en que se disponía para los cadetes, cabañas totalmente equipadas en el Mar Negro y otras veces en montañas cercanas a Los Balcanes. Para allá se iban los chilenos con sus novias a pasar el verano. Al final el Partido terminó por ceder y algunos cadetes pudieron casarse. Leo se casó finalmente con Marusia, siendo el primero en hacerlo, después se casaron Carlitos con Dilber, Omar con Reni, Filiberto con Stefka, Alejandro con Svetla, Antonio con Krasimira, Roberto con Karanfila. En fin, casi todos los que se casaron lo hicieron con jóvenes búlgaras menos Fredy que se casó con una chica de Hungría.



Antes del permiso se dio una ardua discusión de ribetes filosóficos sobre la vida y el papel que deben jugar los revolucionarios en este caso. Ellos eran jóvenes comunistas que cumplían una misión del Partido lejos de su patria, de sus familias, pero que aún tenían sueños y esperanzas de formar su propia familia.

***¡Alicia va en el coche, carolín!***

Había una explanada enorme en la Escuela Vasil Levski. En las ocasiones que los cadetes tenían que atravesarla debían hacerlo ordenadamente en formaciones. Los búlgaros “con el pecho hinchado” cruzaban la cancha coreando ferozmente las canciones del Ejército Popular, los himnos partisanos, las canciones de la resistencia al fascismo.

Los chilenos, para evitar aminorarse, decidieron que debían cruzar la cancha cantando también, pero no todos se sabían las mismas canciones, ni se sabían bien las letras, así que tomaron la decisión más simple: corearían canciones infantiles, que eran las únicas que todos se sabían. Así que tras los búlgaros, una hueste de gallardos soldados “cubanos” hincharon el pecho y en un heroico tono marcial gritaron:

*- ¡Alicia va en el coche, CAROLÍN...!, ¡Alicia va en el coche, CAROLÍN ...!, ¡A ver a su papá, carolín cacao LEO, LAO!, ¡A ver a su papá, carolín cacao CAROLÍN!*

*- ¡Yo quisiera ser un pato...!, ¡Y tener una laguna...!, ¡De vino tinto...!, ¡De vino blanco...!, ¡De pura chicha...!, ¡De Curacaví...!, ¡Toma...! ¡Toma, toma, toma!, ¡Toma...!*

Tras esa espectacular parada militar, los búlgaros se acercaban a sus compañeros “cubanos” para felicitarlos y pedirles que les contaran el contenido de esos hermosos himnos revolucionarios. Todos estaban fascinados.

El día de la graduación la ceremonia consistió en realizar una caminata de tres días desde la parte más alta de Los Balcanes, Elena, hasta el estadio de fútbol de Shumen, a 150 kilómetros de distancia. Allí los esperaban otros cadetes de todas las ramas del Ejército Popular Búlgaro.

Como todos los años, acompañaba este evento desde un helicóptero el Ministro Popular de Defensa, Dobri Dzurov, un ex partisano que combatió contra los nazis en la Segunda Guerra Mundial. Él, como el resto de los soldados que esperaban en el estadio, quería escuchar los himnos de la “Revolución cubana” que el grupo de chilenos hicieron famosos. Cuando los chilenos llegaron al estadio, el ministro les pidió personalmente que cantaran canciones del Movimiento 26 de Julio. Así que no tuvieron otra opción que formarse, ponerse frente a la cancha, mirar al ministro, marchar y volver a cantar “Alicia va en el coche” y “Yo quisiera ser un pato”.

Luego de esa gloriosa marcha, los búlgaros y el propio ministro Dzurov ovacionaron a los “cubanos” que en el día de su graduación, contaron con dos compañeros egresados con Medalla de Oro, la mayor distinción militar de este tipo que se le entregaba a los graduados del Ejército Popular Búlgaro. Las medallas fueron recibidas por Rodrigo y Mario.

Ese día, después de cuatro años, los 29 chilenos se graduaron como oficiales regulares de tropas generales. 22 fueron enviados a La Habana. En Stara Zagora, Bulgaria, quedaron siete: Francisco Baeza, Roberto “el perico italiano”, Armando “el guatón rosca”, Roberto y tres más. Cuatro de ellos hicieron la Academia Militar en la misma Bulgaria y otros se fue a Italia.

Baeza quería volver directamente a Chile a pesar de la instrucción del Partido de ir primero a Cuba, pero ante su insistencia lo mandaron primero a una escuela de inteligencia en la RDA para que de allí se fuera directo a Chile. A Roberto le dijeron que esperara en Bulgaria, que lo llamarían para avisarle cuál sería su misión, pero nunca lo llamaron.

## IV

-¿Cómo vine a parar aquí?- se preguntaba Alejandro atravesando de madrugada una espesa montaña nicaragüense. Atrás quedaba el colegio industrial, el patio de la casa en Quinta Normal, los amigos de la UTE, la Jota, Allende, los viajes por Europa, Bulgaria, el hijo que estaba por nacer. Ahora combatía a un enemigo invisible, camuflado en el oscuro penetrante de la noche centroamericana. De todos modos no había silencio, un tropel de insectos y grillos se hacían presentes en un coro que marcaba la marcha de los soldados que como Alejandro, eran parte de los Batallones de Lucha Irregular, los famosos BLI del Ejército Popular Sandinista.

En aquel momento Alejandro iba en una caravana de camiones sentado al lado del chofer y era evidente que en caso de emboscada, el primer objetivo sería él, porque se supone que al lado del conductor debe ir el oficial al mando. Por eso, como en cada expedición, se hacía la idea de que ese día tal vez no volvería. Otro elemento que le daba mayor tensión a la campaña, era que la caravana pasaba por aquel monte en penumbra, con las luces de los vehículos apagadas para no advertir al enemigo.

De pronto los balazos sonaron y el primer camión cayó bajo fuego de la fusilería enemiga y otro se volcó tras activar una mina Claymore. Enseguida los sandinistas sacaron los fusiles AK y en pocos segundos se echaron las 30 balas del cargador, disparando a cualquier parte sin apuntar a ningún objetivo preciso. Trataban de dirigir los disparos hacia alguna sombra, pero esa lluvia de balas sobre la selva no era efectiva, “la Contra” -guerrillas nicaragüenses financiadas por Estados Unidos- se escabullía en la espesura del monte como pocos años atrás lo hicieron los propios sandinistas, que ahora trataban de frenarlos junto a los asesores internacionalistas, rol que en ese momento cumplían chilenos como el propio Alejandro.

La balacera de aquella madrugada cesó repentinamente, como casi siempre ocurría. Al día siguiente el sol alumbró el camino, se reincorporó a la marcha el camión abatido por la primera ola de fuego y la caravana continuó su trayecto. Alejandro hizo una inspección por el lugar y

halló el rastro de la huella que dejó el combate de la noche anterior: orificios por todas partes y una carretera delineada en sangre.

## **De Teniente a Subteniente**

Vasil Lesvki estaba orientada a ser la mejor escuela militar de los países que componían el Pacto de Varsovia. De hecho, junto a los 29 oficiales chilenos se graduó un grupo de oficiales vietnamitas, al mismo tiempo que iban incorporando a la escuela oficiales de elite de todo el campo socialista.

Eso no les importaba mucho a los oficiales chilenos que habían estudiado en las escuelas militares cubanas en cursos “express”, que a veces duraban sólo un año. A esos oficiales les decían “los marmicoc”, igual que una marca de ollas de presión que cocina el arroz en pocos minutos. Los oficiales chilenos formados en Cuba, luego de realizar sus primeras misiones en Nicaragua eran ascendidos inmediatamente a Tenientes. No obstante, tanto quienes fueron formados en Cuba, como los que llegaron de Bulgaria eran oficiales de tropas generales, pero con distinta graduación. Los que se graduaban en Cuba salían como Subtenientes y tras las misiones internacionalistas eran ascendidos a Tenientes, la misma graduación que tenían los oficiales búlgaros. Por este hecho, a algunos oficiales formados en Cuba, les molestó el que los búlgaros tuvieran su mismo grado sin haber estado en combate previamente.

Por las quejas y otros roces por ahí, finalmente los búlgaros fueron degradados de Tenientes a Subtenientes cuando llegaron a Cuba para evitar reclamos de sus camaradas que habían estado en batalla. Pero para algunos todo esto era parte de rencillas que comenzaban a vivirse al interior del Partido Comunista entre Jacinto Nazal y Galvarino Apablaza, una disputa que años más tarde terminaría con el quiebre del Frente Patriótico Manuel Rodríguez.

Jacinto Nazal era el encargado militar del Partido Comunista chileno en Cuba, un hombre con una postura política moderada, cauto y quien creía que primero se debía fortalecer una “hipótesis de guerra” antes de enviar oficiales a Chile para el combate porque creía que “los iban a hacer mierda”. Por otra parte, estaba Galvarino Apablaza, “el comandante Salvador” –hoy refugiado en Argentina y con un reclamo de extradición por parte de Chile- quien junto al Frente Sur fue uno de los primeros en entrar al bunker de Anastasio Somoza cuando triunfó la Revolución Sandinista en 1979. Apablaza era prácticamente el vocero de los que reclamaban reintegrarse lo antes posible al país. Para los viejos del Partido, ambos tenían un defecto en común: el personalismo, “cada uno quería ser o asumir el papel de Fidel Castro en Chile”, dice hoy el viejo Ovalle, un histórico dirigente del Partido y uno de los pocos sobrevivientes que quedaron de la segunda dirección interna exterminada en 1976.

Al mismo tiempo, entre los oficiales chilenos que estaban en Cuba, se iban marcando dos posturas: los que compartían el criterio del compañero Jacinto y los que como Apablaza apoyaban el envío inmediato de oficiales a Chile. En el medio quedaban los 22 oficiales del grupo búlgaro que estaban en Cuba.

A pesar del descortés recibimiento con la degradación, los búlgaros no tomaron una postura entre los bandos de Apablaza o Nazal, simplemente estaban dispuestos a acatar la síntesis política que orientara el Partido.

Entre esos 22 disciplinados oficiales comunistas, estuvo el primer fallecido del grupo. Abelino Cacabelos Mancilla, “Choche”, murió en La Habana –según la versión oficial- de impétigo luego de habersele puesto mal una vacuna. Los médicos descubrieron que tenía el sistema inmunológico destrozado y entre sus compañeros se teje el rumor de una enfermedad de transmisión sexual, pero la real causa de su muerte provoca sospechas hasta el día de hoy.

## Los perlas

Cuando llegaron a Cuba la totalidad de los oficiales búlgaros fueron asignados como profesores de Infantería en tropas generales. Sus cursos los impartieron en las escuelas militares José Maceo, en Santiago de Cuba y Antonio Maceo, en La Habana. Allí estuvieron a cargo de las clases de Táctica, Topografía, Informaciones, Inteligencia y Tiro, clases dirigidas a milicianos cubanos y grupos de cadetes que venían de Mozambique, Etiopía y Nicaragua.

En ese tiempo los oficiales búlgaros estaban a la espera de cumplir misiones internacionalistas o ser incorporados a la lucha armada en Chile. En esa espera y en sus traslados, Alejandro y Carlitos siempre coincidieron en todo.

Alejandro era flaco y alto, Carlitos era un poco más gordo y bajito. En Bulgaria casi no tenían roce, pero desde que llegaron a Cuba les tocaba todo juntos: en la misma sección de profesores de Infantería; compartían la misma habitación en Santiago de Cuba y cuando iban a La Habana; fueron llamados el mismo día a la unidad de Defensa Antiaérea en el Reparto Barbosa, de La Habana, donde creyeron que iban a ser enviados a combatir en África. Todo les tocaba juntos.

Era finales de 1985 y el Partido Comunista chileno decidió enviar un grupo de casi 50 oficiales a Nicaragua entre los que estaba estipulado todo el grupo búlgaro que permanecía en Cuba. Los búlgaros deberían dirigirse primero a Matagalpa, en el noroeste del país, y luego trasladarse a un campamento en la provincia de Jinotega junto al Lago de Apanas.

Fue así que reunieron a todos en La Habana y los prepararon para el viaje durante unos días. Cuando todo estuvo listo y los motores del avión ya estaban encendidos con la nariz de la nave rumbo a Managua, a Alejandro y a Carlitos se les impidió subir al avión. Tenían un problema con sus papeles. No era nada del otro mundo: un sello malo, una chapa mal escrita, el número del pasaporte no coincidía con el carnet de las BLI. Una de esas tonterías.

Dos semanas después, cuando los oficiales chilenos que estaban en Nicaragua ya habían pasado por Managua, el campo de entrenamiento en Chontales, y habían tomado un poco de experiencia en combate comprendiendo mejor el funcionamiento de los batallones y compañías nicaragüenses, Alejandro y Carlitos por fin pudieron resolver todos sus problemas burocráticos.

Al llegar a la unidad todos sus compañeros búlgaros poco más curtidos, se quedaron mirando a ese par de soldados con sus mochilas cual novados ingresando al colegio. Estaban en silencio, de pie frente a todos hasta que se oyó el grito que los bautizó de por vida:

*- ¡Putá, ahí llegaron los Perlas! Nuevamente juntos, el perla grande y el perla chico.*

## **El “valevergismo”**

Cuentan que cuando llegaron a Nicaragua, el primero de los chilenos que se lanzó del helicóptero a tierra era alto y rubio, por lo que apenas se bajó los nicaragüenses creyeron que habían llegado “los rusos”, pero finalmente se dieron cuenta que quienes arribaron fueron “los chiles”, “los picantes”.

Ese internacionalismo empezó para los búlgaros en 1984, cuando fueron enviados los primeros oficiales del grupo a Nicaragua: Rodrigo, Mario, Julio y el chico Claudio, los mismos que años después fueron los primeros en ingresar a Chile, a excepción de Mario.

Mario fue uno de los dos oficiales que se graduó con Medalla de Oro en Veliko Tarnovo junto a Rodrigo, pero jamás logró ser parte de la lucha armada en Chile para la que tanto se había preparado. Cuando llegó a Cuba se enamoró y se casó con una cubana, y cuando lo mandaron a Nicaragua se volvió a enamorar y se casó con una nicaragüense. Después de tanta celebración lo acusaron de bigamia y tuvo que abandonar la vida militar. Se fue a Suecia donde tenía unos familiares y se llevó a su esposa nicaragüense. Años después se divorció y lo último que se supo de él, es que vivía con una brasileña. De todas formas, el grueso de los oficiales búlgaros no pudo pasarla tanto tiempo de matrimonio en matrimonio y estuvieron casi un año yendo y volviendo de Managua a La Habana.

En Nicaragua los oficiales que formaron parte de las siete compañías de los BLI tenían la tarea de fungir como agregados extranjeros en “la cocina”: la retaguardia, el puesto de mando del EPS. Los oficiales asesoraban entregando sus opiniones directamente a los jefes de los batallones y de

las compañías en combate. Ese era un trabajo extremadamente difícil y no por la fortaleza del enemigo, sino porque a los mismos jefes nicaragüenses le gustaba tomar mucho ron y todo les “valía verga”.

Los nicaragüenses llevaban muchos años de guerra civil y de dictadura somocista. La muerte era algo extremadamente natural. Los “nicas” se echaban un par de tragos de ron y se ponían a disparar a cualquier parte sin medir consecuencias. En Nicaragua se tomaba ron y se disparaba todo el tiempo, no importaban las municiones ni el contexto: había que tomar y disparar porque todo valía verga.

Si a alguien lo mataban, se tomaba; si se liberaba algún pueblo, se tomaba también y no importaba mucho la jerarquía. A veces el que más tomaba era el jefe del batallón y de ahí para abajo.

Un día los búlgaros estaban en un campamento en la ciudad de Estelí, cercana a la frontera norte donde algunos soldados nicaragüenses tenían familiares. El campamento tenía una guardia para que nadie saliera ni entrara de la unidad, pero de todas formas, algunos soldados se fugaban y volvían borrachos. Llegaban disparando y la guardia les disparaban de vuelta, ambos “bandos” embriagados de desidia y despilfarrando municiones a lo loco. Tras la balacera había que pillarlos, desármalos y arrestarlos. Los chilenos eran testigos de cómo el Capitán los regañaba y absurdamente les entregaban las armas de nuevo.

Era así como los oficiales tenían que acostumbrarse a ese estruendo sonoro a las tres de la mañana, unas balaceras feroces. Lo peor era cuando llegaba la hora real del combate y los oficiales se encontraban con el encargado del armamento borracho disparando como loco a cualquier parte. Ese tipo de actos tenía a todos en vela; después de tanta falsa alarma, cuando se escuchaban los tiros, ya nadie sabía si se trataba de una ofensiva enemiga, si eran los soldados borrachos o si alguien estaba jugando la ruleta rusa.

En esas guerras largas la gente se acostumbraba a la muerte. En un combate siempre caía alguien, por eso se brindaba por el muerto y por la victoria casi siempre.



## Los cachorros de Sandino

Era una mañana agradable cuando Alejandro despertó. Entre el ruido de los camiones y el tropel de la unidad, el oficial chileno paró el oído e intentó concentrarse en el ruido de la selva, los pájaros y los bichos. A pesar de la guerra su vena poética lo obligaba a tomarse unos minutos para contemplar la montaña, la tierra parda, las rocas, todo un ejercicio de admiración que iba acompañado por el jarrito metálico con café.

En eso estaba “el poeta”, mirándose las botas fangosas cuando oyó a un enano hablar. Era un niño como de 14 años, con un bigote de cuatro pelos y aferrado a la cuerda con que ataba a su mula. El animal tenía cara de campaña eterna, de un cansancio en el alma, pero estaba junto al pequeño que lo guiaba. Alejandro se acercó al niño y comenzó a hacerle preguntas como el periodista que soñó ser alguna vez. El muchacho conversaba y reía de una forma muy alegre, mostrándole al mundo toda su sonrisa oscura y sarrosa, que poco sabía de comerciales y pastas dentales. Aquella conversación improvisada concluyó con una amistad inmediata y con una serie de promesas que se concertaron al instante: debería estudiar, se prepararía y Alejandro lo ayudaría a cumplir el sueño de estudiar en Cuba. Cuando acabó la conversación el niño se marchó llevándose su mula y la mañana. Pocas horas después, ya entrada la tarde, cuando Alejandro se perdía en los mapas militares buscando a las cucarachas, un galope triste retumbó en su pecho, se asomó a la ventaba y vio a su pequeño amigo sobre la mula acribillado a balazos.

En casi todos los batallones había dos o tres chigüines (niños) nicaragüenses. Algunos llegaban ahí de rebote, otros con sed de vengar a sus familiares asesinados por la Contra y también el que fue entregado directamente por sus padres en los batallones. Desde el batallón Miguel Ángel Cortés, Omar era testigo de eso. Una vez vio como una señora llegó con su hijo de 12 años pidiéndole a los soldados que se lo llevaran, porque sino la Contra se lo iba a llevar. Aquel niño era moreno, flaco, muy alto para su edad y preguntón. No quería ir a la escuela, quería ir al combate y a veces aparecía con un fusil.

Esos chigüines retozones andaban en el campamento cargando cosas, ayudando a los oficiales, sirviendo como “mascotas”. Les daban uniformes que les quedaban inmensos y debían remangárselos. Casi todos vivían en el puesto de mando junto a los oficiales y cuando sonaban

las balas eran los primeros en ponerse a disposición de combate exigiendo un armamento que difícilmente alguien se atrevía a entregarles. En algunas ocasiones se colaban en los operativos, escabullidos en los camiones que cargaban las municiones. Estando en el frente de combate, era muy difícil devolverlo porque estaban siempre a más de 100 kilómetros del puesto de mando.

Los juegos de aquellos cachorros de Sandino eran muy diferentes al del resto de los niños. Ellos se pasaban todo el día entre los soldados pidiéndoles dineros u ofreciéndoles escolta. El resto del día eran obligados a estudiar y a pesar de que lo hacían a regañadientes, sabían que salir del campamento a sus casas era muy peligro. En sus hogares corrían el riesgo de caer en manos de la Contra quienes los obligaban a formarse y los utilizaban como carne de cañón en los enfrentamientos con el Ejército Sandinista.

## **Bienvenidos a Honduras**

Precisamente entre 1983 y 1987 se llevó a cabo una época violenta, la parte más sanguinaria que hubo en los diez años que duró la guerra, con los más fuertes combates y el mayor número de bajas por ambas partes. La mayoría de estos combates ocurrieron en la frontera norte donde Nicaragua limita con Honduras.

Para los oficiales la guerra fue una larga caminata por las montañas buscando a las guerrillas contrarrevolucionarias quienes se escondían en las zonas más aisladas del país, donde se avanzaba en medio de un calor profundamente húmedo, feroces aguaceros y escoltados por enjambres de mosquitos. A veces se detectaba un lugar donde había “Contras” y en ese momento se montaban a los soldados sandinistas y a los internacionalistas en camiones. Alejandro iba en un batallón de 400 soldados una noche en busca de esas guerrillas. Patrullaron por una parte del Río Segovia en el norte del país, en medio una leve corriente de agua que les llegaba a las rodillas. Cargaban en sus lomos la mochila, el fusil y un miedo tan pesado como el armamento.

Avanzaron hasta la mañana siguiente donde finalmente se encontraron con el campamento de la Contra. Allí “les dieron con todo” sin darse cuenta que habían cruzado ya la frontera del país.

Como en los entrenamientos, cuando comenzaba una balacera, Alejandro y los soldados internacionalistas llevaban el cuerpo a tierra, mientras que los nicaragüenses se ponían de pie con el AK a la altura de la cintura y comenzaban a disparar a lo Rambo. El más mínimo movimiento que se divisará entre la vegetación era asediado al instante por cientos de balas y una artillería autopropulsada que podía alcanzar hasta 300 metros de distancia. La ventaja de las BLI era esa artillería, pero la infantería era poco eficaz y repetidamente disparaba a ciegas. Los oficiales chilenos fueron protagonistas de una serie de combates que pasaron a la historia, en las batallas que se dieron por la pista de San Andrés de Bocay a orillas del río Segovia, las que formaron parte de la Operación Danto iniciada en 1985 en localidades de la frontera norte. En San Andrés de Bocaya, la misión específica era desminar la pista para los aviones de combate soviéticos MI-8 y MI-24 Hind del EPS, muy efectivos en las misiones de contrainsurgencia. El aeropuerto estaba minado por todas partes y al principio la misión resultó un desastre.

Según recuerdan los oficiales búlgaros, los cubanos siempre decían que en la vida militar se podían cometer dos errores: “elegir ser zapador y el día que la encuentras”. Esa fue la suerte de quienes estuvieron a la vanguardia de la operación y terminaron hechos trizas, siendo los restos de sus cuerpos el camino que consiguió marcar la brecha para las tropas élite del EPS quienes lograron que la Contra y parte del Ejército hondureño que los apoyaba se replegasen al interior de Honduras.

Este tipo de incursiones desató un conflicto entre ambas naciones, produciendo una serie de espectaculares combates aéreos, enfrentamientos por tierra y por mar, al tiempo que se intentaba llevar adelante un proceso de paz.

## Un cigarrillo entre balas

Los patrullajes generalmente se hacían en recorridos de dos compañías por tres o cuatro días. Omar llevaba casi una semana caminando por las orillas del Lago Apanas, a cargo de un operativo de contrainsurgencia. El oficial chileno tenía los pies cocidos por los kilómetros que tuvieron que caminar bajo el agua. Al acabar el operativo, Omar tuvo que ir al puesto médico para que le curaran los pies que tenía destrozados y llenos de ampollas. Dos días después de empezado su proceso de recuperación, Omar debía ir a un patrullaje al que partió pero del que se tuvo que devolver casi al instante, porque sus pies no aguantaron la caminata.

Cuando iba de regreso, el jefe de la compañía le pidió a Omar que le guardara su dinero en el puesto de mando y le colocó un pequeño fajo de billetes en la chaqueta. La compañía apenas avanzó un kilómetro más y fueron emboscados por la Contra. Pocos días después Omar encabezó la búsqueda que halló a los caídos en combate, entre ellos el jefe de la compañía, a quien Omar pudo reconocer sólo por los calcetines que le había enviado su familia. Con el trajín, aún el oficial chileno conservaba el fajo de billetes en la chaqueta y decidió enviarle el dinero a la familia.

En los momentos en que el batallón se juntaba, “los chiles” siempre trataban de agruparse aparte. Allí se contaban anécdotas e intercambiaban ideas de la otra guerra, lo que iba aconteciendo al interior del Partido Comunista chileno y el Frente. Entre discusiones e historias iban saliendo experiencias y conclusiones, como que la guerra que todos asumían era una guerra de alturas. Quien estaba arriba ganaba disparando hacia abajo. Cuando andaban en los valles, en columnas sobre los trillos, los tiros que venían de las emboscadas eran muy difíciles de esquivar, por lo que los oficiales al mando, desatado el combate, ordenaban subir las laderas como fuese. Los soldados se agarraban de las raíces y las yerbas y subían las montañas para estar a mayor altura que el enemigo. Cuando estaban en altura suficiente empezaba una contraofensiva que casi siempre replegaba el ataque.

Un día ocurrió algo así en otra localidad fronteriza por donde también pasa el Río Segovia, Boca de Poteca, un lugar que junto a Río Coco, eran las zonas predilectas por donde la Contra se internaba en Nicaragua.

Omar estaba en medio de una emboscada con una “araña” -lanzagranadas múltiple soviético AGS-17- pesado armamento que no podía abandonar y menos regalarle al enemigo. Así que entre varios soldados cargaron el armamento mientras las esquirlas de las balas que les disparaban, los iban hiriendo. Con el polvo que levantaban las balas, el concierto de guerra y la adrenalina, Omar se tornó en una marcha frenética ladera arriba. Él y el resto de los soldados apenas se volteaban a responder el fuego enemigo. Estaban en eso cuando un joven soldado nicaragüense bajó la ladera hasta la posición de Omar y los escoltas de “la araña”. El chileno pensó que o venía a ayudarlos o venía con la pésima noticia de que estaban rodeados. Ni una ni la otra. El soldado se acercó a Omar con la cabeza agachada y tomándolo por la camisa le preguntó en un cantado acento nicaragüense: “¿Jefe, me regala un cigarrito?”. Omar quedó pasmado con aquella petición, pero su asombro aumentó cuando vio que otro soldado, custodio de “la araña” le lanzó un cigarro y le dijo: “Ayúdanos hasta ese tronco y ahí nos paramos a fumar”.

Entre el espanto y el asombro, el oficial no emitió órdenes contrarias a los deseos de los soldados y bajó un tronco volcado en la ladera se posaron a fumar dando entre fumada y fumada unos tres tiros en respuesta al aguacero de plomo que recibían. Cuando acabaron el “respiro”, continuaron subiendo y la Contra dejó de disparar. Los de la Contra eran también nicaragüenses, así que también se tomaron su tiempo para fumar, en ese momento el chileno y sus compañeros pudieron alcanzar la cima de la loma y desde allí respondieron guiados por las señales de humo que emitió el enemigo.

Antes que comenzara el asedio, se impartió la orden de que se disparara a la zona con un lanzacohetes RPG7. Entre el gatillazo y el estruendo que realizó al impactar el disparo, Omar sintió un intenso calor a la derecha de su cabeza, la que estaba en medio del trayecto que recorrió el proyectil. Poco después llegó la respuesta y el soldado que llevaba el lanzagranadas recibió un tiro, aunque herido y desde el suelo siguió disparando con la pistola de Omar.

El combate continuó con un motero que solían meter dentro de una bota y con el que podían alcanzar hasta 700 metros al cálculo. En eso llegó el morterista con tres granadas. El soldado estaba arrebatado por culminar el combate y en su carrera por llegar al armamento tropezó con una piedra escapándosele una de las granadas que sostenía en los brazos. Esos segundos en que la grabada volaba por los aires, todos quedaron pasmados mirado como la espoleta se apresuraba a besar la tierra y matarlos a todos. Omar hizo el amague de arquero más espectacular de su vida y

agarró la granada en el aire evitando que se activara el detonador. Pasado el traspie, la Contra huyó y Omar vivió uno de sus últimos combates en Nicaragua, pero para volver a Chile, todavía le faltaba historia.

Omar era uno de los tantos que evitaban tomar las pastillas de cloroquina y primaquina, medicamento que se les entregaba a los soldados para prevenir la malaria. Él, como el resto de los internacionalistas y soldados prefería no tomarse eso para evitar los efectos del medicamento que los dejaba atontados y con la vista perturbada. Cuando Omar volvió a Santiago de Cuba fue enviado a La Habana y de allí a Pinar del Río donde lo metieron en un campo de entrenamiento para volver a Chile. Estando allí Omar comenzó a tener vómitos y mareos, por lo que tuvo que ser trasladado de vuelta a La Habana para ser ingresado en el Hospital Militar. Estuvo pocos días en cama hasta que llegó el diagnóstico de los médicos quienes le dijeron que tenía áscaris lombricoíde, o sea, lombrices intestinales nicaragüenses en su hígado. Esas lombrices podían permanecer enquistadas por meses, incluso años. En Omar sólo estuvieron el tiempo suficiente para que la dirección del Partido Comunista y el quiebre del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, dieran otro giro en la vida del oficial y el resto de los búlgaros.

*“Es el fascismo el que crea una situación frente a la cual el pueblo no tendrá otro camino que recurrir a todos los medios a su alcance, a todas las formas de combate que lo ayuden, incluso de violencia aguda, para defender su derecho al pan, a la libertad y a la vida”*

Con estas palabras abría, entre septiembre y octubre de 1980, el Boletín exterior número 43 del Partido Comunista de Chile, publicación bimensual que mantenía a los militantes y simpatizantes del PC al tanto del acontecer político y social del país. Su Secretario General, Luis Corvalán, llamaba por primera vez a sus correligionarios y a la ciudadanía en general a utilizar métodos más audaces para enfrentar al régimen militar. La “violencia aguda” (un eufemismo para evitar el término “lucha armada”) era ahora una opción dentro de los lineamientos políticos del partido. De una opción pasó a ser realidad, luego de que dentro de esta organización política comenzara a gestarse un brazo armado: nacía el Frente Patriótico Manuel Rodríguez.

Luego de reconocer un “vacío histórico” en materia defensiva, hecho evidenciado en la nula respuesta del partido durante el golpe militar y los primeros años de la dictadura, el PC decide incorporar el componente defensivo popular y militar a su conducción. Con la promulgación de la “política de rebelión popular de masas” surge la iniciativa de formar con los más altos estándares de instrucción militar a miembros de las juventudes comunistas. Luego de recibir la mejor formación de milicia que el bloque socialista podía ofrecer (principalmente con su entrenamiento de oficiales regulares en Cuba y Bulgaria), los jóvenes de la JJ.CC. retornaban como militares altamente entrenados. El Partido Comunista comenzaba a hacerse con un importante capital militar.

Para Francisco Baeza, el Frente Patriótico Manuel Rodríguez nace como una necesidad de demostrarle a la gente, principalmente en las poblaciones, que no hay que tener miedo. El terror había sido el método más utilizado por la dictadura militar para mantener un control absoluto sobre la ciudadanía, pero ahí donde llegaban los militares a infundir el miedo a través de la

violencia aparecía un aparato del FPMR a repeler el ataque y cambiar la sensación generalizada de temor.

La idea detrás de esto era probar que la parte militar era importante, y que la creación de un ejército que sirva al mundo popular era necesaria. El fin no era desarrollar un cuerpo militar desde la nada, sino que depurar el existente. Se parte desde la base de que el actual ejército chileno es profundamente elitista y mercantilizado, para ascender y lograr un cargo importante es necesario disponer de contactos y medios económicos. En otras palabras, la milicia chilena es otra institución más que segrega a la población y refuerza los privilegios de una clase dominante.

Iván Rodríguez, ex combatiente del FPMR y actual miembro del comité central del Partido Comunista, comenta que la adición de la lucha armada en el quehacer del P.C. responde exclusivamente al momento histórico que tuvieron que vivir. La presencia de un régimen violento y represivo obligaba a incorporar el componente armado como una respuesta política. Es por esto que no se habla de “lucha armada”, sino que de lucha política con un componente armado.

Todos los miembros del partido sabían que el plebiscito de 1980 había sido arreglado por la dictadura para institucionalizar su gobierno, y ya que los canales democráticos estaban cerrados, había que utilizar todas las formas de lucha posibles para golpear al régimen. La idea era lograr una “Sublevación Nacional de Masas” (este era el nombre que recibiría la salida a la dictadura pensada por el P.C.) que se iniciara en las regiones más importantes política y económicamente: la VIII, la V y la región metropolitana.

El FPMR surge con el objetivo de acoger a todos los actores sociales y políticos que estuviesen dispuestos a unirse a la lucha armada contra la dictadura, independientemente de su afiliación política. Buscaba ser una milicia del pueblo. Todo comienza con la incorporación de un encargado militar en cada célula territorial del partido, posteriormente el ala militar fue consiguiendo autonomía y cada sector comenzó a especializarse en distintas tareas: Voladura de líneas férreas, apagones, sabotaje mayor y menor, etc.

Francisco Baeza salió de Chile con 18 años, y volvió con 30. En 1986 se encontró con un país completamente polarizado: estaban quienes apoyaban la salida de Pinochet, y los que preferían mantener las cosas como estaban. Esta situación sufrió un cambio con la emergencia del FPMR. Se comenzó a sentir cercana la posibilidad de una insurrección armada o una próxima guerra



civil. Se puso atajo a estos temores con el fortalecimiento del pacto “Alianza democrática”, con el que se pretende llevar al país a una transición política que terminara con el régimen militar. El único partido importante excluido fue el Partido Comunista.

Baeza llega a Chile y comienza a formar parte del aparato educacional del P.C., hasta que unos miembros del partido le entregan una noticia: la dirección general del partido quería reunirse con él. Sería de la siguiente manera: él avanzaría en dirección a la torre Fleming, un compañero del partido lo toparía a mitad de camino, y lo conduciría hasta el lugar donde lo llevarían con algún alto cargo del P.C.

El día de la reunión Francisco decidió hacer las cosas a su manera, llegó antes y registró el perímetro para asegurarse que todo estuviese tranquilo, luego caminó en dirección a torre Fleming cuando una camioneta Van se detiene y se abre la puerta delantera. “Súbase, compañero”, le dice a Francisco el hombre de la van. Francisco recuerda que las instrucciones eran encontrarse a pie, y con una persona; “no, estos no son compañeros”, y de una patada cierra la puerta delantera de la Van, atrapándole la mano al hombre, y corre hacia un paradero lleno de gente. Cuando se disponía a desaparecer entre la multitud se abre la puerta corrediza trasera de la van, una voz muy familiar le dice: “oye, weón, ven pa’ acá, súbete”, era José Joaquín Valenzuela Levi. Francisco se sube y emprenden el viaje.

Dan una vuelta a la manzana y la camioneta para. “Conoces a ese hombre de allá”, dice Valenzuela Levi. “Sí, es un compañero del partido” asiente Baeza. “El viene a buscarte. El “chico” Pellegrin (como se conocía cariñosamente a Raúl Pellegrín, alias “Comandante Rodrigo”, uno de los líderes del FPMR) se enteró que habías vuelto a Chile y quiere que seas de mayor utilidad”.

Baeza comienza a trabajar en las escuelas de formación del Frente. Gran parte de las clases que impartía consistían en la confección de armas caseras (explosivos y armas de fuego) y defensa territorial. Todo esto era trabajo realizado en Santiago.

El FPMR buscaba generar empatía con los sectores más oprimidos por el régimen militar. Ellos eran una incitación a la esperanza, esperanza que se materializaba durante los operativos realizados en los días de protesta, con los apagones y enfrentamientos con la policía y los

militares. Los pobladores comunes y corrientes comenzaban a perderle el miedo a los disparos y la violencia, y tomaban conciencia de que tenían derecho a expresar su descontento.

A mediados y fines de los ochenta habían poblaciones aguerridas, lugares como la población La Victoria, Villa Francia o Lo Hermida, donde las fuerzas policiales no se atrevían a pasar, por la resistencia de sus pobladores. Esa actividad se perdió casi por completo desde la transición democrática en adelante.

La vida era arriesgada para todos quienes habían tomado el camino insurreccional. Por fortuna para Francisco los problemas eran menos, aunque no inexistentes. Podía seguir viviendo en su propia casa, aunque todos los días fuera de su calle lo esperaban dos automóviles que lo seguían donde fuera. Su tapadera era ser productor musical de grupos como “Santiago Del Nuevo Extremo” o “Congreso”, así se las ingeniaba para evadir la vigilancia del enemigo. Cuando la presión de esos espías bajaba podía dirigirse a realizar las labores realmente importantes.

### **La gran hazaña que no fue**

La entrada al FPMR cambió radicalmente la vida de Nicolás Oyarzo, su preocupación principal de ahora en adelante era evitar toda sospecha y llevar una vida lo más convencional posible. Se desvinculó para siempre de su militancia en las Juventudes Comunistas y cortó todo contacto con sus antiguos compañeros de trabajo político. Todos comenzaron a pensar que Nicolás había abandonado el quehacer político, quizás por trabajar y estudiar al mismo tiempo; las cosas estaban resultando como él esperaba.

Luego de una serie de trabajos de mayor envergadura, este joven comenzó a llamar la atención de los altos cargos del FPMR. Un día Nicolás iba con Roberto, su jefe de unidad, en el metro, a encontrarse con dos miembros más de su grupo. La tranquilidad del viaje se interrumpió cuando la mirada fija de su jefe enfrentó a Oyarzo. “¿Cómo estai’ pa’ morir, Nico?”. “Bien, po’”, contestó lacónicamente Nicolás. El comandante Ramiro le había encargado a Roberto reclutar a

tres de sus hombres para una misión muy importante, sólo le dijo que podía costarles la vida. Nico fue llevado por su superior al Parque O'Higgins, donde se encontró con Ramiro y el resto de jóvenes que posteriormente serían recordados como "Los Fusileros". Fue sometido a un riguroso entrenamiento físico, todos los días durante un mes en el mismo parque, hasta recibir la orden de actua.

Era 27 de agosto de 1986, a Nicolás se le dio la instrucción de ubicarse en una transitada calle del centro de Santiago, donde sería recogido por un vehículo. Un furgón lo lleva hasta una casa abandonada, ese sería su primer sitio de acuartelamiento. Dos días después, una camioneta Toyota de color blanco se detiene frente a la casa, en la delantera iban César Bunster y la comandante Tamara (Cecilia Magni, líder del FPMR, asesinada en 1988). Una vez subieron todos al auto, Tamara les pasó una botella de pisco y les ordenó que se enjuagaran la boca con un sorbo, "Así, si nos detienen, pensarán que estamos de fiesta". Efectivamente, en esa época levantaba muchas sospechas ver a un grupo tan grande de jóvenes en un mismo auto.

El vehículo avanzó por la comuna de Puente Alto hasta llegar a la zona de "San Juan de Pirque", allí conectaron con la ruta G-25. Al pasar por la cuesta "Las Achupallas", Tamara miró a los desconcertados combatientes y les dijo "pongan atención porque estamos en zona operativa". Los jóvenes rastrillaron el paisaje con los ojos, intentando grabar todos los detalles posibles. La camioneta se detuvo en la localidad de "La Obra", al inicio del Cajón del Maipo; ahí estaba la casa de acuartelamiento.

Nicolás no conocía al comandante Ernesto (José Joaquín Valenzuela Levi) en ese tiempo, mucho menos sabía sobre su formación militar en Bulgaria, su grado de oficial de ejército o su experiencia como profesor militar en Cuba. Él fue quien recibió al grupo y los ingresó a la vivienda. Llevaron a todos los participantes a una gran habitación. La sorpresa de Oyarzo fue mayor: cada centímetro de la pared frontal a la entrada de la pieza estaba ocupado por armamento de guerra. Los fusiles M-16 y los SIG, apoyados contra el muro, copaban el espacio. A su lado, imponentes descansaban los lanzacohetes LAW M72 y las granadas caseras de mano (tarros de conserva con amónigelatina y tuercas). Nico no había dimensionado hasta ese momento las proporciones de la operación que estaban por realizar.

El silencio se cortó con el ingreso a la habitación del comandante Ernesto, el comandante Ramiro, la comandante Tamara, el comandante Joaquín (Mauricio Arenas Bejas, conocido como “El Lobo”) y “Jorge” (Rodrigo Rodríguez Otero). Los líderes de la misión dividieron al conjunto de 21 frentistas en cuatro “grupos de asalto”, cada uno de estos comandado por uno de ellos. Cada soldado tomó un M-16 y tres cargadores, a cada grupo se le asignaron 15 granadas. En cada pieza de la casa descansaría una unidad con su respectivo líder.

Madrugada del sábado 30 de agosto. Nico estaba sentado en la cama de su pieza con el resto de su grupo, expectante. Ramiro entra de improviso y les ordena formarse (como era costumbre en el FPMR para entregar noticias u órdenes). El comandante acabó con la profunda incertidumbre de los combatientes: “Nuestra misión es matar al tirano”.

“Me voy a morir”, sentenció Oyarzo en sus profundas cavilaciones. Si bien, como militante comunista y miembro del Frente, la idea de participar en una operación para acabar con el dictador Augusto Pinochet visitaba a menudo su cabeza, tenía claro las dificultades insondables de esa empresa. Pinochet contaba con ilimitados recursos técnicos, bélicos y humanos; quienes lo resguardaban eran soldados profesionales, que se han preparado toda la vida para un momento así. Nicolás estaba muy asustado, enfrentándose a la que suponía una muerte inminente, pero emergía también, producto de su carácter audaz y consecuente, la idea de que morir por esta causa no era para nada algo malo. Un mar de dudas y suposiciones inundaba su mente.

A la mañana del día siguiente los jóvenes tomaron turnos para bañarse y esperar más informaciones. El panorama comenzó a esclarecerse: Se trataba de una emboscada de aniquilamiento. Cada grupo tenía una tarea específica, y cada frentista tenía también una misión concreta. Pinochet solía pasar sus fines de semana en su casa de descanso en la zona de “El Melocotón”, subía por el cajón del Maipo el viernes en la tarde y bajaba a Santiago el domingo en la tarde. En la zona de la cuesta “Las achupallas” había un pequeño mirador, le seguía la carretera (por donde pasaría el dictador con su escolta), un gran terraplén por donde pasaba una antigua línea férrea, y el terreno elevado donde se apostarían todos luchadores.

El primer grupo, llamado “de contención”, tenía la tarea de cerrar el paso de la carretera a la comitiva de Pinochet usando un vehículo Peugeot 504 unido a una casa rodante, estaba liderado por Jorge (Rodríguez Otero); El segundo, llamado “grupo de asalto N° 1”, estaba dirigido

inicialmente por Tamara y Ernesto; El tercer grupo, “grupo de asalto N°2”, lo comandaba Ramiro; Y el cuarto grupo, “Grupo de retaguardia”, encargado de evitar el retorno y huida de la comitiva (pondrían la camioneta Toyota Hi Lux en la que Nicolás llegó al lugar detrás de la escolta) estaba guiado por “El lobo” Arenas Bejas. Además había dos fusileros encargados de neutralizar a los dos motoristas que iban a la vanguardia de la escolta.

Oyarzo descansaba en su litera cuando alguien abre la puerta y dice “Ya compadre, estamos listos”. Todos toman sus fusiles y se dirigen al pasillo de la casa que comunicaba a todas las piezas, les ordenan ponerse firmes. El comandante Ernesto, jefe de la operación, se para, camina y se detiene frente a los fusileros; de fondo suena un cassette de Tamara, es el tema “Las últimas palabras” del grupo chileno “Napalé”, una musicalización del discurso final del presidente Salvador Allende. Ernesto les dijo “Ustedes están en un momento histórico, tal como el de Allende resistiendo el golpe de estado en La Moneda. Este es un momento histórico, y ustedes tienen el deber histórico de continuar el trabajo de Allende...”. Fue un largo y muy emotivo discurso, que marcó un punto de inflexión en los preparativos para la emboscada. Nico vio lágrimas en los ojos de muchos de sus compañeros. Después de escuchar las palabras de su carismático jefe, todos tuvieron la certeza de que el resultado sería positivo, que sus causas eran justas, y que morir importaba poco si aseguraba la liberación del país.

Después de esa emotiva ceremonia se repartieron los turnos de guardia de la noche, para registrar todos los movimientos que ocurriesen en la carretera antes del día decisivo. Nicolás tomó el turno de dos a cuatro de la mañana, que transcurrió sin sobresaltos, y luego se fue a dormir. La mañana los sorprendió con desalentadoras noticias, los encargados del turno de cuatro a seis AM habían reportado el paso de un contingente de autos con balizas hacia Santiago. Ese día había muerto el ex presidente Jorge Alessandri y Pinochet volvió de urgencia a Santiago para su funeral.

Los jefes se reunieron para deliberar como resolverían este problema. Una vez terminada la reunión Tamara les dio órdenes a los frentistas: cada grupo debía permanecer unido hasta nuevo aviso, tenían un día para volver a Santiago a recoger ropa y artículos personales, y debían buscar una chapa ( una historia que los encubriera) para no despertar sospechas de su presencia como grupo en la zona del cajón del Maipo durante toda la semana. Roberto, el antiguo jefe en el Frente de Nicolás, había sido seminarista en su juventud y les planteó al grupo la idea de hacerse

pasar por un grupo de religiosos que se dirigían a un retiro espiritual. Se hospedaron en la hostería “Carrió”, en San Alfonso del Maipo.

El viernes 5 de septiembre todos los grupos volvieron a la casa de acuartelamiento de “La Obra”. La espera esta vez fue más calmada; los hombres sabían cuál era la misión, ya habían reconocido el lugar y estaban completamente conscientes de sus responsabilidades. Tamara les informó que, por decisión de la comisión militar del FPMR no estaría operativa para la misión. El frente esperaba una fuerte represalia en caso de lograrse la eliminación de Pinochet, y necesitaban la mayor cantidad de líderes con vida para responder a una posible seguidilla de enfrentamientos. En su lugar la reemplazó un experimentado miembro del Frente, Julio Guerra Olivares “Guido”, que se hizo cargo del grupo de asalto N°1.

Los fusileros iban a ser avisados del avance de la comitiva de Pinochet por medio de una llamada de teléfono. Ese día llamaron varias veces a la casa, por lo que la espera estuvo llena de sobresaltos. A las 18:30 suena por última vez el teléfono, todos sabían que esa era la señal para dar inicio a la misión. Tamara pasa por la pieza llamando a todos los combatientes, y vuelve a poner “El último discurso”, de Napalé. Uno de los cinco miembros del grupo de Nicolás puso todas las M-16 con sus respectivos cargadores en un gran bolso deportivo, otro compañero tomó los LAW M72 y Oyarzo se llevó las granadas en una bolsa.

Todos subieron a los autos que los llevarían desde La Obra a la cuesta Las Achupallas. Nicolás estaba visiblemente nervioso, tanto que se le reseco la boca y la garganta. Al verlo hacer extrañas muecas Ramiro lo miró, le sonrió y le dijo “¿quieres un chicle, Nico?”. Llegaron al lugar del enfrentamiento, bajaron las armas y tomaron posiciones, todos miraban atentos el paso de los vehículos, esperando lo inevitable. Nicolás vio a lo lejos, en el cruce de San Juan de Pirque, un furgón de carabineros que se acercaba y no estaba previsto en los planes. “Ramiro mira, los pacos”, le dijo Oyarzo al comandante, Él sonrió y respondió “Bueno, peor para ellos”.

Ahí estaba, pasando por el mismo cruce que minutos antes había visto Nico, el primer auto de la escolta de Pinochet. Se suponía que el comandante Ernesto daría la orden de comenzar el enfrentamiento con un cohete, pero nunca ocurrió. Al sentir los primeros chirridos y gritos, instintivamente comenzaron todos a disparar. La comitiva de Pinochet estaba compuesta por cinco autos: dos autos “manchados” (de seguridad del ejército), una escolta de carabineros y dos

autos presidenciales, Nicolás quedó posicionado entre un auto presidencial y uno del ejército, comienza a “rafaguearlos” con su M-16. Mira a un lado a Ramiro, que apuntaba con el lanzacohetes a uno de los autos presidenciales. Ramiro aprieta el botón eyector pero el misil no sale, entonces cierra y vuelve a abrir la parte extensible del LAW. Al segundo intento el cohete se dispara, rajando el techo del auto y rebotando hacia un poste de electricidad. Al otro lado de Nicolás estaba Mario, lanzacohete en mano apuntando al otro auto presidencial. Mario pulsa el botón pero el cohete no se dispara, decide plegar y desplegar el lanzacohetes, tal como lo hizo Ramiro. El cohete se dispara y golpea el auto pero rebota.

La respuesta de los escoltas de Pinochet fue escasa, casi nula. Nicolás, disparando acostado en el suelo, vio a Ernesto y Ramiro disparar sus fusiles completamente erguidos, con una confianza absoluta, eso le dio valor para hacer lo mismo. En un momento gran parte de los frentistas estaban de pie disparando. Los uniformados de Pinochet corrían por detrás de los autos y saltaban hacia el barranco, eso descolocó profundamente a los fusileros, que esperaban una feroz respuesta. En la punta de la comitiva, que Nicolás no alcanzaba a ver, escuchó “Ríndanse, conchas de su madre”, pensaba que allí el fuego de respuesta era mayor, pero no, era uno de sus compañeros que gritaba a los agentes que corrían del lugar. Uno de los autos presidenciales da una vuelta en U y se devuelve por el camino, perseguido por una lluvia de disparos. De pronto se escuchan tres pitazos, era la señal de Ernesto de que el combate había terminado. Fueron siete minutos que duraron toda una vida.

El plan de escape tenía contemplado bajar en tres autos por la ruta G-25, en el sector de las Vizcachas, hacia Santiago. Los dos motoristas que acompañaban la escolta de Pinochet lograron escapar y los fusileros suponían que la tenencia de carabineros del lugar, por donde tenían que pasar, ya estaría advertida y armada hasta los dientes para neutralizarlos. Los conductores pusieron balizas en los techos de los autos (a la manera de los agentes de la CNI), sacaron los fusiles por la ventana y comenzarán a gritar a los conductores, como lo harían los “chanchos”: “Muévanse conchas de su madre”. Nicolás iba en la parte trasera de la camioneta, llenando cartuchos de M-16, todos estaban preparados para la batalla final.

Los tres vehículos se acercaban peligrosamente a la barrera de control de carabineros. Todos los fusileros levantaron sus fusiles y les ordenaron a gritos a la policía que abrieran la barrera.

Para sorpresa de todos carabineros levantó raudamente la contención, y uno de los motoristas de la escolta de Pinochet saludó marcialmente al grupo.

Los vehículos avanzaron, a través de las poblaciones del sector. Uno de los líderes del grupo, que iba en el primer vehículo, sacó la mitad del cuerpo del auto y, fusil en mano, comenzó a vociferar “Somos libres, cayó el tirano”, desatando los aplausos de la gente. Se estacionaron en la intersección de Vicuña Mackenna con San José de la estrella, donde cada uno volvió a sus hogares.

## **Represalia**

Luego del ataque, en que murieron cinco miembros de la escolta de Pinochet y once resultaron heridos, inmediatamente comenzaron las pesquisas policiales en el lugar de la emboscada. Allí se levantó y analizó todo elemento ajeno al ecosistema del territorio. Inteligencia localizó unas huellas dactilares en una botella de bebida, que no había sido consumida por ninguno de los fusileros el día del atentado, pero había sido recogida por uno de ellos durante la espera. “Sacha”, como se le conocía dentro del Frente, sería el primer fusilero en caer.

Posterior a esta detención los interrogatorios y el trabajo de inteligencia, a cargo del fiscal militar Fernando Torres Silva, darían resultados para la CNI. Los frentistas comenzaron a ceder y delatarse mutuamente. A comienzos de 1987, y en virtud de la situación sofocante en que la Central Nacional de Informaciones tenía al FPMR, Valenzuela Levi le recomienda a Francisco abandonar nuevamente el país. Baeza se mostró de acuerdo con esa petición, pero le responde que será por muy poco tiempo, un par de meses como máximo, ya que no pretendía alejarse de Chile luego de estar más de una década luchando por volver.

Dicho y hecho, Francisco salió de Chile y se mantuvo tres meses en Alemania (donde vivía el resto de su familia en el exilio). Al regresar, el 17 de junio de 1987, se encontró con un golpe devastador para él y muchos otros: en la portada de los principales diarios del país se pregonaba



la muerte de doce frentistas en un enfrentamiento armado. Francisco observó con detención las fotografías, allí estaba él, su amigo, José Joaquín Valenzuela Levi, el “Rorro”. Su sorpresa no terminó ahí, Baeza cayó en cuenta que estos doce asesinatos, que para muchos no tenían mayor importancia, para él implicaban la pérdida de ocho grandes compañeros de trabajo y amigos. La venganza por la Operación Siglo XX había sido tomada y Francisco estuvo muy cerca de contarse entre sus víctimas.

Una de las últimas operaciones de Francisco antes del término de la dictadura fue la filtración de los nombres de todos los agentes de la CNI en el diario *El Siglo*. Luego de la emboscada a Pinochet y el turbulento proceso de quiebre entre el P.C. y el FPMR, Baeza quedó “rezagado”. Él junto a tres compañeros más buscaron candidatos hasta encontrar a dos expertos en informática (en los albores de la computación) que comenzaron a trabajar en esa área del servicio de inteligencia e hicieron públicos una serie de secretos de la dictadura.

## **Quiebre**

En mayo de 1987, con hechos como la detección de las armas de Carrizal bajo y la fallida emboscada a Pinochet, el aparato militar del Partido Comunista enfrentaba una fuerte crisis en su interior. Luego del establecimiento del “año decisivo” en 1986, en que el régimen militar sería resuelto por una “sublevación nacional”, el curso de los acontecimientos reconfiguró el panorama tanto para el P.C. como para el FPMR.

El Partido Comunista comenzaba a contemplar la salida pactada a la dictadura por vía democrática, luego de que la coalición de partidos de la “Alianza Democrática” comenzara a fraguar con fuerza (y con el apoyo de Estados Unidos) el término del régimen. Pese a sus esfuerzos, el P.C. fue marginado de este proceso; aún así, la nueva lectura del partido era apoyar la salida democrática.

Este cambio de dirección causó el desconcierto y la ira entre muchos militantes, pero los principales “afectados” por este cambio de sentido fueron los miembros del Frente Patriótico Manuel Rodríguez.

Iván Rodríguez señala: “Se hicieron todos los esfuerzos porque esa fuera una salida popular, pero hubo fallas del punto de vista operativo, y al final se impuso la salida pactada, que el pueblo aceptó mayoritariamente.”

Así como un sector del partido apoyaba y avizoraba el término de la política de Rebelión Popular de Masas, parte importante del P.C., principalmente de su aparato armado, consideraba un error la decisión que se estaba tomando por parte de los altos mandos.

Francisco Baeza asistió a varias reuniones del Partido en 1987 para discutir la continuidad de la política de lucha armada, en que los principales líderes del Comité Central (entre ellos Luis Corvalán, Gladys Marín y Guillermo Tellier) terminaron por dejar en segundo plano el rol de su facción armada. Para Baeza quien movió los hilos para que las cosas en el Partido tomaran el rumbo que tomaron fue “Sebastián”, chapa que usaba Guillermo Tellier en dictadura, quien superpuso la batalla puramente política a la autodefensa y el movimiento armado.

El quiebre entre el Frente Patriótico y el Partido Comunista es considerado por muchos miembros como el conflicto más fuerte que haya existido en toda la historia del P.C., fue una escisión que dividió irremediabilmente a la estructura histórica del P.C. Así como el partido había decidido dejar en segundo plano la acción armada, el FPMR consideraba esto un error garrafal y una traición al proceso revolucionario que hasta el momento se llevaba y a la doctrina de rebelión popular impuesta por Corvalán. Altos mandos del Frente, como Raúl Pellegrín, Galvarino Apablaza y Vasili Carrillo toman la decisión de desligarse del Partido y generar una organización independiente: nace el FPMR Autónomo.

## **El quiebre en Cuba**

La división del FPMR con el Partido Comunista fue vista desde Cuba por Alejandro como el resultado de un largo proceso, un conflicto que comenzó incluso antes de la formación del Frente. Ya desde su llegada a la isla Cubana desde Bulgaria junto con sus compañeros, donde habían tenido una formación regular de más de cuatro años, los problemas con sus pares chilenos formados en Cuba no tardaron en aparecer. Alejandro llegó con el cargo de teniente a realizar labores políticas y pedagógicas en las escuelas Maceo (Principales centros de formación militar en Cuba). Los chilenos formados en escuelas militares cubanas tuvieron una instrucción más acotada, egresando como subtenientes y siendo ascendidos a tenientes luego de luchar en la guerra de liberación Sandinista (1979). Gran parte de los vencedores de la guerra sandinista vieron con malos ojos que unos recién llegados, sin experiencia de combate en una guerra real, tuviesen el mismo cargo que ellos. El gobierno cubano y el PC chileno tomaron la decisión de degradar a los búlgaros a subtenientes.

Esta clase de personalismos y conductas intransigentes fueron, a los ojos de Alejandro, los que cimentaron en gran parte el posterior quiebre de la organización militar del Partido. Durante años fueron evidentes dentro de la estructura militar chilena en Cuba los intentos de imponer visiones personales por sobre las decisiones de toda una institución política, o de atribuirse personalmente algunas victorias o resultados positivos de la labor política del PC en el exterior; logros que eran el resultado de un trabajo colectivo.

A fines de 1985, luego de entrenarse y luchar durante una temporada en Nicaragua, Alejandro vuelve a Cuba y comienza a cumplir labores administrativas. Junto a otros compañeros chilenos y cubanos estaban a cargo de “La oficina”, un organismo que se encargaba de recibir a los combatientes chilenos que llegaban de todo el mundo. Su labor consistía en recibir a combatientes y oficiales a su llegada a La Habana, instalarlos en el lugar y gestionar los cursos y operaciones militares que iban a recibir.

Ya en esa época (1986) Alejo comenzó a notar cómo el trabajo de un grupo de compañeros empezó a independizarse de la labor que él y los demás cumplían dentro del partido. Este grupo “paralelo” había decidido dedicarse a las labores internacionales, viajaban a Europa y otras partes del mundo, realizaban contactos con instituciones ideológicamente afines y reclutaban compañeros para la lucha. Para quienes, como Alejandro, habían entregado absolutamente todo para el cumplimiento de “la tarea” que tenían encomendada, este tipo de desencuentros dentro de la organización militar del PC era motivo de gran angustia y preocupación. En esa época Alejo desarrolló una fuerte úlcera, producto de los nervios y la frustración.

Vale la pena señalar que la Comisión Militar Nacional del Partido Comunista, cuyo máximo líder era “Sebastián” (Guillermo Teillier), contaba con “Subdirecciones” encargadas de distintas labores: Inteligencia, trabajo militar de masas, logística, etc. Una de esas subdirecciones era el FPMR. El trabajo militar en las grandes manifestaciones y en otros eventos sociales masivos los realizaba el PC, no el Frente. Las misiones del Frente Patriótico estaban reducidas a lo que ellos habían sido entrenados para hacer: sabotajes de alto nivel, recuperación de armamentos, asaltos, secuestros y otras operaciones militares de alta complejidad. Cuando el partido daba la orden, el FPMR podía hacer que el 70 por ciento del país quedase sin luz. Eran operaciones de alta connotación política y mediática.

El Partido Comunista Chileno en Cuba cerró filas frente a los eventos que sucedieron al quiebre del FPMR con el P.C. Llegaban combatientes desde Chile y nadie sabía (ni ellos ni quienes los recibían en la isla) a qué grupo pertenecían exactamente. Con el arribo de las noticias de quiebre dentro del Partido, hubo un grupo de militantes que residían en Cuba que se salieron del P.C. con intención de generar un centro autónomo, a ellos se unieron los disidentes que llegaban de Chile.

Por parte del gobierno Cubano hubo silencio. Desde el gobierno de Fidel Castro decidieron no cerrar las puertas a los milicianos que llegaban al País y habían roto relaciones con el P.C., recibéndolos y entregándoles el mismo trato que al resto de los Chilenos. Cuba decidió no acrecentar el conflicto que vivían los militantes producto de esta escisión.

A quienes estaban trabajando por la formación de un Frente autónomo se les sumó uno de los principales líderes del FPMR, Galvarino Apablaza “Comandante Salvador”. Él era encargado del

trabajo militar de masas y único miembro del Comité Central del Partido Comunista en Cuba, y su decisión de abandonar el partido significó un duro golpe para sus miembros. La adhesión de Apablaza al FPMR-Autónomo implicó una importante fuga de militares comunistas chilenos en Cuba. No fue un drama cuantitativo, sino cualitativo; el grueso de los disidentes, no muy grande en número, fueron Oficiales, aproximadamente un 60 por ciento de la dotación que tenían en la Isla. Pese a este golpe el trabajo militar del P.C. Chileno siguió en movimiento.

## **Nicaragua**

1987, en Nicaragua César Quiroz era el encargado de la admisión militar chilena para los Batallones de Lucha Irregular (BLI) del Ejército Popular Sandinista. Aún clandestino, con identidad cubana, se encargaba de recibir gente que salía de las escuelas de formación paramilitar de Cuba e iban a hacer su práctica allá, haciendo frente a los “Contra” (Contrarrevolucionarios, opositores al Frente Sandinista de Liberación). Cuando se produce el quiebre del FPMR del PC con el FPMR-Autónomo, en Nicaragua tenían 200 personas, entre oficiales y combatientes; era una plaza de disputa importante entre ambos bandos.

A Nicaragua llegaron altos mandos del Frente Autónomo a reclutar miembros para su lucha en Chile. Uno de sus líderes ahí fue el Comandante Roberto Torres (condenado por el asesinato de Jaime Guzmán), acompañado por “Chele” (Juan Gutierrez Fischmann, sindicado como uno de los responsables de planear el asesinato del ex senador y fundador de la Unión Demócrata Independiente). Los frentistas llegaron a pelear posturas, en el marco de la discusión política, y fortalecer la emergente organización. Quiroz, parte del Frente del PC, considera que el paso de estos combatientes por Nicaragua fue una derrota, ya sólo consiguieron llevarse a un par de oficiales, tres fusileros de la emboscada a Pinochet y dos frentistas.

El FPMR-Autónomo rápidamente se hace de la mayoría del armamento y mantiene en sus filas a los altos cargos militares. Se implementa una política llamada “Guerra Patriótica Nacional” que pretendía generar un alzamiento civil en los sectores rurales y ciudades de Chile.

La máxima expresión de esta política del Frente autónomo tuvo lugar el 21 de octubre de 1988, con la ocupación de cuatro sectores rurales en el norte, centro y sur del país. Las localidades de Aguas Grandes, La Mora, Los Queñes y Pichipellahuén fueron tomadas durante días por los frentistas. El asedio de la policía y el personal de inteligencia dio fruto con la captura, tortura y asesinato de Raúl Pellegrín Friedmann, máximo líder del Frente Autónomo, y Cecilia Magni, dirigente de la organización y pareja de Pellegrín. Ambos aparecieron muertos en el río Tinguiririca.

Este último acontecimiento diezmaría la cohesión y la confianza del Frente autónomo, que abandonaría la Guerra Patriótica Nacional y buscaría nuevas formas de subsistencia luego de la transición a la democracia.

## VI

En 1989, luego de los resultados del plebiscito de 1988 que marcaron el término oficial del régimen militar y ad portas de la elección presidencial de 1989, César Quiroz se encontraba de vuelta en Cuba como encargado del trabajo militar del Partido Comunista Chileno.

En septiembre de ese año abandona definitivamente la isla para dirigirse por última vez a Bulgaria, tenía que regularizar sus papeles y ansiaba visitar a su esposa e hijo. Le toco vivir allí uno de los momentos más duros de su vida: La caída del Bloque Socialista. Vio las manifestaciones que gatillaron el término de la República Popular de Bulgaria; la sede del Partido Comunista Búlgaron fue quemada, y el mausoleo con el cuerpo embalsamado de Georgi Dimitrov (último secretario general de la Internacional Comunista y Primer Ministro de Bulgaria) fue profanado y convertido en un urinal. Años atrás César había soñado con un episodio similar, al relatárselo a sus compañeros, estos le dijeron “El socialismo es irreversible, compañero, usted está soñando tonterías”

En abril de 1990 llega a Chile luego de 17 años de ausencia, encontrándose con un país que jamás habría imaginado. Al salir del aeropuerto tomó un bus hacia el centro de Santiago y el asistente del chofer lo trato de “señor” y se ofreció a dejar su chaqueta en el compartimento superior de su asiento. Ese servilismo autoimpuesto, instaurado como cultura, lo golpeó en lo más profundo. Había salido de un Chile más orgulloso y solidario, donde las diferencias (salvo contadas excepciones) eran menos notorias entre el común de la gente. No sólo lo abofeteó esa actitud mansa; la displicencia absoluta, el doble estándar y una aspiracionalidad enajenante estaban a la orden del día entre casi todos los habitantes de la nación.

Encontrarse con una sociedad tan degradada, aún muy aturdida por el profundo proceso de transformación al que la dictadura militar la sometió, tuvo a Quiroz profundamente deprimido, pensando seriamente en irse para siempre del país. En esos duros momentos su fidelidad al partido y el trabajo político lo mantuvieron a flote, se reincorporó al trabajo militar del partido.

Ciertamente, el Partido Comunista de Chile, que en época de la Unidad Popular llegó a tener cerca de 300 mil militantes (200 mil en el Partido y 80 mil en la Jota), había sido profundamente diezmado. La Alianza Democrática excluyó al P.C. del trabajo en proceso de transición democrática, y la dictadura se había encargado de instalar una fuerte carga anticomunista en la cultura chilena. Pese a esto César percibía una gratitud hacia ellos, especialmente en las poblaciones, por los sacrificios y la lucha dada contra el régimen militar. Simbolizado en personajes como Gladys Marín, ciertos ideales de consecuencia y lealtad permanecía en el imaginario chileno.

Había que sobrevivir y buscarse la vida, para Quiroz no era la excepción. El mismo año de su llegada a Chile forma una agencia de viaje con unos amigos, pero éste era un trabajo que nunca tuvo su total atención. Con una vida consagrada al trabajo político, este emprendimiento no era más que un hobby, una forma de subsistencia, seguía completamente enfocado en las tareas militares que tenía asignado. A fines de 1990 el P.C. le da la oportunidad de ser un funcionario regular del Partido, esto implicaba tener un sueldo fijo por su labor política. Era el ideal de César, que le pagaran por “Comunistear” (como él llama a su trabajo).

En 1991 se le plantea la opción de continuar el trabajo del FPMR del Partido, ahora llamado Movimiento Patriótico Manuel Rodríguez (MPMR). Su trabajo militar previo lo avalaba, fue él quien en 1989 envió el primer grupo de oficiales chilenos al Estado Mayor de las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia), que permitió la gestación de la primera escuela militar regular de esa organización. También envió, desde el 86 al 89, 3 misiones con decenas de oficiales chilenos para formar y apoyar al Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), en la guerra civil de El Salvador.

Como subcoordinador (o “subcomandante”) realizó una intensa labor de crecimiento del movimiento durante los primeros años de esa década. En 1992 Julio César hace una larga gira por Europa; recorre Holanda, Alemania, Bélgica, Austria, Suecia e Inglaterra reconstruyendo los grupos de apoyo Rodriguistas y reivindicando el trabajo del FPMR.

Fue un trabajo militar importante. El MPMR logró generar fuertes lazos con el proceso revolucionarios de Venezuela, con Bolivia, con El Salvador y México. Fue el Movimiento Patriótico el encargado de generar el “Grupo de Apoyo a las FARC”, que generó gran revuelo en



el espacio político chileno. César y el resto del grupo acompañaron a Raúl Reyes, uno de los ex líderes y vocero de las FARC (asesinado el 2008) en su estadía en Chile el 2003, lo entrevistaron y realizaron una gira nacional con él. Como representante del MPMR asistió a dos congresos de la revolución Bolivariana de Venezuela, estuvo en actividades en Cuba, en Argentina y prestó apoyo para la formación de un aparato militar en República Dominicana.

César estuvo presente en gran parte de los intentos que el Partido Comunista, junto con otras organizaciones, ha realizado para reunificar a la Izquierda política desde 1990 hasta la actualidad. Fue parte de la conformación del Movimiento de Izquierda Democrático Allendista (MIDA), coalición paralela a la Concertación conformada por el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), LA Izquierda Cristiana (IC) y el Partido Comunista. En 1992 el MIDA participa en las elecciones municipales, logrando que 35 de sus candidatos fuesen electos. En 1993, luego de la legalización del MAPU, el MIDA se transforma en la Alternativa Democrática de Izquierda (ADI), llevando a las elecciones presidenciales de ese año al sacerdote Eugenio Pizarro Poblete. César fue su chofer y guardaespaldas en varias ocasiones.

Estuvo codo a codo también con Gladys Marín durante su candidatura a la presidencia en 1999. Trabajó a pulso el 2003 con la conformación del bloque Juntos Podemos Más, coalición formada por el Partido Humanista, la IC y el PC que buscó disputar puestos en las elecciones municipales del 2004 (donde el conglomerado obtuvo un 5% de votos de la elección de alcaldes y un 10% de la elección de concejales), y en las parlamentarias y presidenciales del año 2005, donde llevaron al candidato Humanista Tomás Hirsch.

La vida y el trabajo de César Quiroz durante los noventa estuvieron marcados por una lucha intensa, una batalla para reconstruir los valores del Chile que dejó décadas atrás. Fue una pugna para erradicar los traumas y conductas nocivas que la dictadura dejó a su paso.

## Una década de añoranza

Francisco, desilusionado por el curso de los acontecimientos, abandona para siempre toda actividad en el PC y el Frente. La transición democrática fue para él una derrota, ya que no ganó la opción en la que él creía. Recordaba el antiguo Partido, el de Luis Corvalán, donde existía preocupación y apoyo entre los distintos cuadros, el PC de ahora comenzaba a ser el de “Sálvese Quien Pueda”.

Asistió en 1998 a gran parte de las manifestaciones del “NO”, que llegaron a reunir a casi dos millones de personas. Tenía instrucciones de no ir pero fue de todas maneras, allí se encontró con la mayoría de sus compañeros; casi nadie había hecho caso. Caminaba a través de la marcha con su pareja, analizando el ambiente que se vivía. Esa gente estaba alegre y festejaba por otras cosas, cosas por las que Francisco no estaba festejando. La gente conmemoraba que Pinochet se iba, sin importar lo que viniera luego.

Al contrario, Baeza y muchos otros estaban preocupados por lo que vendría con el triunfo de la Alianza Democrática y la mantención de Pinochet en posiciones de poder como el ejército. Creía en la idea de que al dictador había que echarlo o “echárselo”.

Meses después vio la fragilidad de la democracia recién recuperada, con acontecimientos como los “Ejercicios de Enlace” en 1990. Pinochet, que sería Comandante en Jefe del Ejército hasta 1998, realizó un acuartelamiento y preparación de tropas para presionar al parlamento, por una investigación por el pago de tres millones de dólares del ejército a Augusto Pinochet Hiriart. El hijo mayor de Pinochet había comprado una empresa de administración de armas del ejército (Valmoval) cuando ésta estaba al borde de la quiebra, dos años después el ejército compra de vuelta la empresa a Pinochet hijo, con cheques hechos por su padre. En 1993, cuando se reabre el caso “Pinocheques”, Pinochet se apostó con militares armados frente a la moneda, en el llamado “Boinazo”.

Los 90 fueron una época muy distinta a la actual, era una tímida apertura de la democracia donde comenzaron a emerger nuevas prácticas y acontecimientos culturales. Para Francisco era un tiempo de ciudadanos confusos, de esos que caminaban muy rápido por el centro de Santiago

sin mirar a nadie a los ojos. Baeza vivía con los ahorros de su trabajo de producción en Alemania, pero estos ya se estaban acabando. A fines de 1989 decide volver por unos meses a Europa, allí trabaja con una empresa de espectáculos que producía grandes eventos. Su último trabajo fue una gira de seis meses por Alemania con el Circo de Hielo de Moscú, era una actividad muy lucrativa.

De vuelta en Chile Francisco, por sus estudios de ingeniería en Bulgaria, comienza a trabajar en la empresa de construcción de su hermano, allí guiaba el trabajo de los obreros. Recuerda un extenso trabajo de restauración realizado durante esa época a la fachada del Club Hípico, con hermosos frescos en las murallas. Estuvo cinco años con su hermano, el año 95 se separa de él y forma junto a unos amigos una pequeña empresa de trabajos de construcción

La actividad que no fallaba para Francisco era la del espectáculo, constantemente era llamado para realizar trabajos de producción. Estuvo junto a Enrique Inda, uno de los principales productores de eventos culturales y musicales en el país en una serie de presentaciones emblemáticas. Estuvo detrás de dos conciertos del guitarrista Paco de Lucía, trabajó en la gestión de las funciones del mimo francés Marcel Marceau y produjo eventos del Circo de Moscú en Chile.

Los colegas de Francisco que trabajaban produciendo en el extranjero volvieron y formaron una productora llamada “Macondo”. Con ellos trabajo en algunos los eventos más memorables de inicios de los noventa. Con mucho Cariño recuerda la producción de “El gusto es nuestro”, proyecto musical de los cantantes españoles Ana Belén, Joan Manuel Serrat, Víctor Manuel y Miguel Ríos. El concierto de Silvio Rodríguez fue el más masivo en términos de concurrencia en que trabajó Francisco; de una expectativa de 70 mil personas, cerca de 90 mil asistieron al evento. La gente quería consumir espectáculos de este tipo, pero estaban imposibilitados por las restricciones de la dictadura.

## Cerca de casa

En 1988, mientras Alejandro se encontraba trabajando en Cuba con sus compatriotas, el gobierno cubano y el PC, le fue encomendada una nueva misión por el Partido Comunista: Debía reingresar a Chile a realizar trabajos militares en la clandestinidad junto a otros compañeros. “Alejo” tenía una esposa cubana y vivía una vida relativamente calma y estable en el país caribeño, sin embargo, como en todas las ocasiones anteriores, no dudo un momento en tomar la tarea encomendada; sus convicciones y el compromiso con sus ideas seguían tan firmes como el primer día.

Su vuelta al país requería un plan de reingreso furtivo que no estuvo exento de complicaciones. Con documentación falsa viajó desde la isla hacia Holanda, escala en que fue retenido por varias horas en el aeropuerto y expulsado. Regresó a Cuba e intentó una nueva ruta de entrada a Chile, esta vez por Argentina. El episodio que viviría en el país trasandino pondría a prueba su entrenamiento militar y político, y la convicción de su trabajo para con el Partido.

Llegado a Buenos Aires junto a un compañero de labores, Alejandro iba con la disposición de hacerse pasar por un confundido turista más, y así ganar tiempo para contactar a su Partido y encontrar la mejor ruta de entrada a Chile. De su primer exilio luego de la dictadura él ya conocía bien la capital de Argentina, haciéndosele más sencillo evitar llamar la atención de la policía u otros personajes que pudieran trincar sus planes.

Los dos chilenos salieron del metro de la ciudad y comenzar a recorrer sus calles. Ni bien llevaban unas pocas cuadras Alejandro notó que súbitamente se encontró caminando sólo, su compañero ya no estaba junto a él. Intentando calmar su preocupación comenzó a buscarlo tranquilamente en los alrededores del lugar, eso hasta que alguien le toca el hombro por atrás. “¿Buscas a alguien?”, era un oficial de policía. “No, estoy bien. Estoy visitando el lugar y conocí a otro turista en el hotel, pero ya no lo encuentro”. “De casualidad es él a quien estás buscando” dice el hombre, señalando hacia unos metros del lugar. Ahí estaba su compañero, apresado por otro personal de la policía Argentina. “Sí, es él, ¿cuál es el problema?”. “Disculpa, ¿eres chileno?”. “Sí, vengo de Chile. Estoy paseando por acá y vuelvo luego a mi país” dijo Alejandro.

“¿Y puedes volver a Chile?”, le pregunta el uniformado. “Sí, claro”. “Ah, que bien, porque tu amigo no puede”. Ambos son detenidos.

De la legalidad de esta detención y lo que pasaron allí, el lugar al que fueron llevados y cómo se enteraron de su situación irregular allí poco sabe Alejandro. Tampoco podía preguntar mucho más, él y su amigo se encontraban con documentos falsos y sus intenciones allí eran algo que no agradaría a ningún policía, detective o militar argentino, así que decidieron solucionar esto por la vía del diálogo. Fueron llevados a una estación de policía y ahí se los aisló, les tomaron las huellas, las fotografías de rigor y comenzaron los interminables interrogatorios. Estuvieron varios días encerrados, y durante cada jornada se los interrogaba muchas veces, eran inquisiciones interminables.

En el primer interrogatorio el oficial sentó a Alejo en una mesa y puso unos papeles sobre ella: eran los documentos y antecedentes reales de su compañero. Frente a la posibilidad de que ya supieran quién es él, Alejandro les dijo su nombre verdadero, donde vivía, quienes eran sus padres y hermanos. Eso fue lo único verídico que pudieron sacar de su boca, pero a la hora de preguntarle sobre todos el tiempo que llevaba fuera de Chile las historias eran siempre distintas; primero había salido de Chile hace unos meses, y de Italia había viajado a Argentina, luego estaba la historia de un viaje a Brasil, hasta que finalmente creyó más sensato contarles la verdad “a medias”: Estaba viviendo en Cuba. “¿Y qué estabas haciendo en Cuba?”. Alejandro les dijo que había estudiado historia, e informática en la Academia de Ciencias de Cuba. Todo eso era verdad, por lo tanto manejaba estos temas con seguridad y podía probar esa parte de la historia. Lo que nunca contó fue sobre su vida en Bulgaria, eso era algo que jamás podrían sacarle en un interrogatorio.

A las preguntas sobre su trabajo en Bulgaria, Alejandro les comentó que trabajaba en un comité de solidaridad con los chilenos exiliados en el país. Hacía un boletín de información, para el cual tenía que escuchar muchas noticias sobre Chile y el mundo en la radio, ver la televisión y leer los periódicos.

Por sus conocimientos sobre Cuba, Chile y la situación de ambos países Alejo infirió que su interrogador era un miembro de alguna organización de inteligencia que había sido llevado al lugar especialmente para interrogarlos a ellos dos.

De la nada el uniformado le pregunta a Alejandro: “¿Cuáles son tus “Comones”?”. “¿“Comones”?”, ¿qué es eso?”. Ese término se repitió varias veces en esa interrogación, y también durante la siguiente, que sería la última. Alejandro sí sabía lo que significaba esa palabra. En jerga militar, al menos en Cuba, se les llama “Comones” a las comunicaciones, los contactos que una persona tiene en cada lugar, y pueden proveerle información valiosa. El militar quería saber cuáles eran los contactos de estos dos chilenos en Buenos Aires.

“Saben lo que pasa, que ustedes no tienen cojones”, le dice el interrogador, ”nosotros acá luchamos por nuestros derechos y nuestra libertad”. El hombre empieza a darle un ferviente discurso sobre la valentía del pueblo Argentino para enfrentar la represión dictatorial, en una clara provocación para que los chilenos dijeran “sí, nosotros también luchamos, somos miembros de este movimiento, o de aquel, y vamos a realizar acciones militares para recuperar el país”. Pero no lo consiguieron, el silencio se mantuvo. “Agradezcan que acá tenemos democracia, porque si no los colgamos de los huevos en la frontera para que Pinochet vea que hace con ustedes”. Ese fue el fin de una semana de aislamiento e interrogatorios en Buenos Aires.

Alejandro se comunicó con sus contactos en Argentina y logró obtener nueva documentación falsa para él y su compañero. Su colega viajó a Uruguay, mientras que él se dirigió en Bolivia.

## **La vida en el Altiplano**

1989 fue el año en que Alejandro se radicó definitivamente en Bolivia. En La Paz comenzó a trabajar como fotógrafo para sostenerse, posteriormente se dedicó a la venta, ofreciendo libros y relojes de parte de una empresa que tenía convenios con la policía y el ejército de Bolivia. Recorrió todo el país en esa faena, conociendo las diversas realidades de esa nación pluricultural. Decidió estudiar periodismo, logrando terminar su carrera en la capital. Debía alternar el trabajo, los estudios, el trabajo político y la familia. Su hijo en Cuba ya había nacido y lo traslado, junto con su esposa, a Bolivia.

La labor política de Alejo en Bolivia consistió en dedicar su tiempo a trabajar con diferentes organizaciones sociales y movimientos, que llamaban al empoderamiento de los sectores más precarizados del país. Recorrió los campos bolivianos y participó en innumerables asambleas de los trabajadores cocaleros. Ese trabajo permitió consolidar éste movimiento (MSP) y lograr que obtuviese cuatro escaños en la cámara de diputados durante las elecciones parlamentarias de ese año. Posteriormente el MSP se transformó en el MAS (Movimiento Al Socialismo) partido oficialista que actualmente lidera el presidente Evo Morales.

A los ojos de Alejandro la Bolivia de los últimos años no ha tenido un clima político polarizado, donde una clase política binaria se disputa alternadamente el poder. Con un porcentaje mayoritario de población indígena y campesina, la realidad de la nación la disputa un espectro “de izquierda” política. Alejandro tuvo la oportunidad de participar de gran parte de los hitos del proceso revolucionario boliviano; conoció y trabajó con gran parte de los diputados, senadores y ministros de los gobiernos de los años 90 e inicios de los 2000. Su conocimiento sobre organización y estrategia política, aprendido a lo largo de su trabajo con el PC fue fundamental para aportar un grano de arena al desarrollo del actual gobierno popular de ese país.

Fueron once años los que Alejo vivió en Bolivia. Su estancia allí culminó el año 2000. Durante su vida allá visitó varias veces Chile, para reencontrarse con familiares y amigos, y estar al tanto del clima social y político de su país. La situación era complicada, sus pares, muchos de los cuales habían compartido su lucha y el destino del exilio, sobrellevaban pesadamente la vida en su tierra natal. La imagen del Partido Comunista y cualquier otro grupo con intenciones revolucionarias había sido demonizada, y cualquier persona que fuese asociada a ellos tenía las cosas cuesta arriba. El empleo era poco, precario y de corta duración, y las sospechas y persecuciones se mantenían, aunque más soslayadamente.

La primera visita a Chile fue en 1989, poco antes de que Patricio Aylwin asume la presidencia, luego vinieron breves tránsitos entre el país y Bolivia, hasta que tuvo una estancia más larga el año 1998, cuando Augusto Pinochet deja la comandancia del ejército y asume como senador vitalicio. Era un Chile profundamente cambiado, principalmente desde el punto de vista de las relaciones humanas. Sus amistades, con ánimo desencantado, se debatían entre la alegría de tenerlo de vuelta y la incitación a que no volviese a Chile, porque “qué vas a hacer acá, aquí no hay trabajo ni proyectos en los que puedas aportar realmente”. Era realmente duro para él

desear con tanto anhelo volver a su tierra; a sus orígenes y su esencia, pero ser recibido con tal reticencia. Angustia absoluta, cual cría apartada por su propia madre.

Antes de su arraigo definitivo en Chile Alejandro percibía una sociedad aún desacostumbrada y poco confiada de la libertad que se le había devuelto. Todo el mundo conversaba a los susurros, caminaba con cautela y se quejaba de lo injusto a regañadientes. Era un Chile que caminaba con una cojera evidente, sanando aun de las heridas propinadas por largo tiempo. El país al que regresó en los 2000 ya era otro, uno al que llama el del “Sálvese quien pueda”. Todo el mundo estaba “con una espada en la mano”, preparado para cortar cabezas ante el menor error o descuido para asegurar su bienestar personal.

En su retina aún estaban impresas las postales del Chile de inicios de los setenta, el que dejó por una larga temporada. Esas imágenes contrastaban increíblemente con las que veía hoy. El compañerismo, la solidaridad y el trabajo social habían desaparecido de las prácticas cotidianas de su gente.

Había llegado a otro mundo, uno transformado por el modelo administrativo económico, político y social instaurado en dictadura. La gente vivía del “qué dirán”, de una nueva cultura de la impostura, de querer ser lo que no se es, de perder la vida por demostrar que la brecha entre lo que uno “parece” y lo que “es” es menos amplia que en la realidad. Con la boca abierta vió a transeúntes realizar monólogos esquizofrénicos con celulares “de palo” en el centro de Santiago, o filas de autos cruzar las calles en pleno verano, con un calor abrasador, para que todo quién mirase creyera que su auto tenía aire acondicionado. Era un Chile alienado como no lo hubiera esperado en sus peores pesadillas.

Aún frente a este panorama tan adverso, reconocía con cierta seguridad el trabajo que su organización había realizado. Allí donde todos los partidos y proyectos políticos habían sido totalmente aniquilados, el suyo seguía (aunque a duras penas) en pie. Ese es el aporte que el trabajo político y el compromiso social tienen para él, aún en la sociedad más desencantada y reacia a la colaboración con el otro, si hay unos pocos dispuestos a trabajar por una sociedad justa no todo está perdido.



## VII

Un gélido viento corría aquella mañana, pero Roberto lo ignoraba. Estaba frente al espejo del baño sintiendo aún la calidez de la estufa eléctrica en su espalda. A pesar de que las arrugas de su rostro que tenían la marca de su eterna sonrisa, no podía expresar gesto alguno. Se miraba así mismo contemplando con detenimiento cada rincón de su cara: sus ojos verdes, su nariz ancha, su bigote blanco, sus cachetes rojos, su boca, sus canas. Había algo extraño en aquel hombre, un hombre ajeno, un foráneo perdido de su juventud y sus sueños. No habían medallas, ni el más mínimo reconocimiento de su sacrificio. Estaba lejos de imaginar paradas marciales en su honor, pero se sentía tan vacío al no ser si quiera reconocido por sus compañeros. Para ellos, él tan sólo era un maricón.

Roberto volvió a Chile muy tarde. Ya se había escapado Norambuena y los otros autónomos de las cárceles de Frei; ya Pinochet había pasado por Londres y había estado a punto de caer en manos de Baltasar Garzón; el tirano ya había vuelto a casa y pudo ser salvado de la justicia. La historia de los búlgaros para él acabó cuando le dijeron en Veliko Tarnovo que lo iban a llamar. A partir de allí pocos pudieron ingresar a Chile, varios pasaron por Cuba, otros combatieron en Nicaragua y él apenas había viajado unas vacaciones a Grecia. Eso sí, Roberto vivió en carne propia la caída del Muro de Berlín donde la República Popular de Bulgaria se vino abajo como otra pieza del dominó; se enamoró apasionadamente de una compañera vietnamita con la que se escribe hasta hoy. Casi no tuvo noticias de sus compañeros.

Retornar después de tantos años fue difícil, lo único que sabía era cómo ponerse al mando de un Ejército socialista en Chile, que es lo mismo que ser experto en reparar televisores Bolocco. Tampoco contaba con experiencia laboral, ni había cotizado un peso en toda su vida. Su profesión no era revalidada por la Escuela Militar del Libertador Bernardo O'Higgins, ni sus cursos de especialización, ni los otros cartones que terminó sacando en la Academia Militar Georgi Rakovski. Nada de los casi 20 años de experiencia servían.

Roberto no tuvo hijos, ni se casó. En Chile se puso a trabajar con un sobrino que amó como si fuera un vástago suyo, le prestó el poco dinero con que arribó al país y no supo más de él. Vivió como pudo en casas de familiares buscando qué trabajar o qué hacer. Después de muchos años terminó cuidando fincas a gente de dinero que le pagaba una miseria. Iba de vez en cuando a Santiago, visitaba familiares y trataba de juntarse con sus compañeros que lo evadían con falsos pretextos. Unos pocos como Alejandro o Leonardo se juntaban con él a charlar durante horas, a recordar anécdotas, pero cuando se junta todo el grupo casi nunca le avisan.

Fue difícil entender que la historia de su vida fue otra por un trozo de tela, por un calzoncillo, por una mala interpretación de las situaciones, los gestos, los hechos.

A diferencia del resto Roberto no le iba bien con las chicas. Era demasiado tierno y un poco lento para conversar con las chicas. Casi todos estaban casados y él apenas había tenido novia. No le ayudaba mucho la timidez y la inseguridad de ser uno de los más rellenos del grupo. De todas formas eso no mermaba su conducta de joven comunista alegre y estudioso, amante de las curiosidades, la filatelia, la numismática, la historia de la Segunda Guerra Mundial, la Revolución Rusa o la Guerra de Vietnam.

En una conducta muy típica de la izquierda ortodoxa, hubo en el grupo de los oficiales búlgaros compañeros que pretendieron exaltar su virilidad siendo parte de la inquisición que los comunistas llevaban en el mundo contra los homosexuales.

Comido por el temor de perder el mando del grupo, uno de los oficiales búlgaros quería colgarse medallas delatando “los malos comportamientos” de sus compañeros. Fue así que en esa pesquisa se encontró un día con Roberto oliendo unos calzoncillos en una litera que no era la suya, una prueba suficiente que delataba que era maricón. Se le abrió un expediente al que se opusieron Leonardo y Rodrigo, pero como el incidente ya había llegado a otras escalas se tomó la decisión de bajarlo de la misión, pero sin abrirle un expediente ni explicando a nadie –ni si quiera al propio Roberto- por qué se quedaría en Bulgaria.

## Un recuento de la historia

El mundo en el que hoy vive Francisco Baeza está en un opuesto al de los años ochenta que lo recibieron luego de un largo exilio, tiempo políticamente convulso y arriesgado desde la trinchera en que decidió luchar. Muy lejos está también del periodo de transición democrática y los años que lo siguieron hasta entrados los 2000, donde el mayor desafío consistía en adaptarse a una cultura y un modo de vida que ya no respondía a la necesidades de la sociedad, sino que a las decisiones de una elite económica global, y las repercusiones que estos actos tuviesen en los mercados internacionales. Hoy está retirado, complicaciones de salud que lo aquejaron durante años y desencuentros constantes con miembros y dirigentes de su comunidad política lo alejaron del trabajo y la actividad partidista.

Desde el patio de la casa de Francisco la Cordillera de los Andes se muestra cercana e imponente, más aun luego de que un día de lluvia haya limpiado los cielos de la capital. Hay limoneros brotados de Azahares, que perfuman el lugar. Los pájaros se acercan para posarse sobre los árboles o caminar sobre la tierra mojada, su trino nos aleja por unos instantes de la verdad de fierro y cemento que encierra a las ciudades modernas. En ese mismo patio se sienta a diario a leer el diario u otro texto de su interés, revisa historias del presente que se amalgaman con remembranzas de un mundo distinto, un mundo que él conoció en su vastedad y de cuyos grandes hitos fue partícipe.

“Hoy existe otra juventud, una que no camina mirando al suelo como lo hizo la generación anterior, y la anterior a esa” dice luego de cavilar un momento sobre la actual sociedad Chilena. Baeza cree en la importancia de los procesos, en la construcción de estos para asegurar cambios permanentes en la cultura, pero no desconoce la importancia de episodios concretos, como la explosiva emergencia del movimiento estudiantil entre los años 2006 y 2011, o el recambio generacional e ideológico que se está dando en el parlamento y otras instituciones de interés nacional.

A su entender, la implantación del modelo económico y social capitalista neoliberal en Chile, junto con el acelerado desarrollo técnico-científico han llevado a las personas a un aislamiento y personalismo que ha erosionado gravemente valores elementales de toda sociedad sana. “La

dictadura entregó dos preceptos muy marcados: El egoísmo, preocúpate de ti y nada más que de ti; y la codicia: Trata de sacar el máximo provecho de todo, llénate los bolsillos hasta que estos rebosen, y lo que caiga de ellos, que caiga en tu terreno”. Él ve como estas máximas del actual sistema se hacen presentes en todas las dimensiones de la vida chilena. En el trabajo, por ejemplo, donde los empleados de una empresa promedio pasan una cantidad irrisoria de horas sentados en un cubículo, cumpliendo la misión de producir lo máximo posible durante gran parte del día. El tiempo de ocio es natural, y en ningún caso se ha podido probar que los trabajadores utilicen efectivamente 10 u 12 horas seguidas para producir efectivamente. “Se trata de que hacen trabajar más a la gente, no mejor. Hay países que han resuelto esto entregando unas horas de relajación a sus trabajadores, algo totalmente necesario”.

El gran drama del Chile actual es, para Francisco, la pérdida de la solidaridad. A él le tocó vivir una época con un sistema de convivencia muy solidario. En su barrio (en el que aún vive) los vecinos estaban constantemente preocupados unos de otros, que a nadie le faltara nada y que la comunidad mantuviese un estado de bienestar. Hoy eso ya no existe, la gente no conoce a sus vecinos, y la pérdida de confianza con quien está a tu lado lleva al miedo y la inseguridad. Todos los antejardines de las casas de la calle de Baeza están enrejados y con otros elementos de seguridad agregados, la suya no; si alguien entrase a robar o hacer algún daño a su casa sería peor si su fachada estuviese aislada del resto del mundo, en ese caso nadie se enteraría y el trabajo del atracador sería más sencillo.

En una dimensión más intangible, pero no menos importante, se encuentra el asunto de la educación y la cultura. Francisco ve ahí una de las luchas históricas fundamentales que deben darse a nivel de estado y sociedad. Pese a estudiar en un colegio municipal, él logró entrar a la universidad, sabía que formaba parte de una elite intelectual, en un momento del país en que sólo un 16 por ciento de los estudiantes accedía a estudios superiores.

*“ En aquel tiempo nosotros, mis compañeros y yo, teníamos la necesidad de explicarle a la gente en las poblaciones que era realmente importante estudiar y dejar de ser ignorante, ellos respondían que de qué servía eso, para qué tener a un ingeniero o un abogado dentro de una población. Con el tiempo se fueron dando cuenta que este tema iba más allá del título o la profesión, se trataba de emanciparse intelectualmente, entender a cabalidad lo que ocurría con su situación y con el mundo que estaban viviendo. Finalmente la gente comenzó a entender este*

*cuento, ¿cuántos salieron de su situación y lograron cambiar su forma de vida y de ver el mundo?. Fue en ese momento en que comenzaron las paralizaciones y empezó el ataque de las clases dominantes, allí comenzó a gestarse el golpe de estado”.*

## **Hacia un nuevo Chile**

Actualmente, sin militancia en ningún partido u organización política, Francisco procura estar atento a todo lo que ocurre en el país y el mundo, y analizarlo con ojo crítico. Su atención se centra no sólo en la actividad dentro de las cúpulas políticas, sino que en la labor de las organizaciones sociales (sindicatos, gremios y otras colectividades provenientes del sector social) y en los emergentes movimientos medioambientalistas. El modo de producción actual, principalmente en la minería, no es directamente proporcional a las necesidades reales de la población. Si no se adopta una política estricta de reciclaje, con todos los elementos producidos por las industrias y los extraídos de la naturaleza, él no ve con buenos ojos el futuro de la humanidad.

Lo que más falta en la labor política de este país es transparencia, así lo cree Francisco. Los fracasos en algunos proyectos realizados por el estado y la reciente ola de actos de corrupción en el mundo político responden a una falta de educación, una formación cultural robusta y con sentido de sociedad que extirpe las máximas de codicia y egoísmo que la dictadura implantó en el corazón del país. Volver a llenar de sentido las prácticas políticas (y las individuales de todos los ciudadanos), para que estas carguen con los valores de la justicia social y el progreso.

Este hombre, un chileno de a pie que ha intentado toda su vida actuar por lo que considera justo para el mundo y la humanidad, cree que el trabajo que trata de realizar la nueva camada de políticos jóvenes, con nuevas ideas y otro mundo posible en sus corazones, puede ser el detonante para iniciar una transformación cultural en este país.

Francisco tiene muy claro hoy, en la madurez de su vida, que todas las decisiones que ha tomado en su largo camino han sido sobre la base de una estructura de valores morales y éticos apoyados en el amor al mundo y a su gente, en la verdad y en el repudio a las injusticias de todo tipo. Se ha encontrado más de una vez con el inquisidor cuestionamiento que muchos quienes son parte (o fueron, como él) de su organización política reciben: ¿No crees que tu pensamiento y tus decisiones han sido influidos por un fuerte dogmatismo, producto de las directrices ideológicas de tu partido político? Con absoluta seguridad responde: “Hay personas así, en todos los partidos u organizaciones políticas y sociales te vas a encontrar con este tipo de casos, pero yo sólo puedo hablar de mi experiencia personal. Algo que aprendí durante mi vida, con todo lo que vi y aprendí, es que uno debe hacerse dueño de una idea, no de una institución, y según esta guiar su actuar y su vida”.

### **Siempre al pie del cañón**

Al cruzar el río Mapocho desde el centro de Santiago se choca de frente con un particular territorio. Esta comuna, con una riqueza histórica que nada tiene que envidiarle a otro lugar de la capital, ha sido escenario de eventos que no sólo forman parte de los anales de la historia, sino que reflejan con fidelidad los conflictos, diferencias e injusticias que a lo largo del tiempo del tiempo han azotado a la sociedad Chilena.

Al inicio de Avenida Recoleta se bifurcan calles centenarias, todas parte de un territorio anteriormente conocido como “La Chimba”. La misma Chimba en la que el personaje “Martín Rivas”, del escritor Chileno Alberto Blest Gana, conoció la miseria del pueblo pobre y oprimido, en sus potreros y casas de remolienda. Avanzando por la calle principal de Recoleta, en el sector de Cerro Blanco, se encuentra la iglesia “La Viñita”, erigida por Inés de Suarez en 1545, símbolo de la imposición cultural y espiritual de occidente sobre los pueblos autóctonos. Contrastante con esa realidad, Recoleta (La Chimba) fue el último reducto de los mapuches que decidieron mantenerse en la capital, y hacer de sus prácticas y costumbres actos de resistencia. Al

oriente de la comuna, por los faldeos del cerro San Cristóbal, se encuentra el ex fundo Lemus, refugio final de los sueños de independencia y progreso de José Miguel Carrera, antes de ser capturado y deportado por órdenes del gobernador Bernardo O'Higgins. A pocas cuadras se encuentra el "Regimiento Buin", primer regimiento de la república Chilena, encargado de dar orden a la nueva institucionalidad del país, costase lo que costase. En definitiva, el sector es un perfecto modelo a escala de los dramas y la lucha del pueblo Chileno.

César Quiroz recorre a diario estas mismas calles, hoy materialmente distintas, pero colmados de nuevas historias de desventuras y esperanza. Recoleta es una de las comunas que ha recibido las mayores oleadas de inmigrantes de países económicamente más precarios. En su flujo cotidiano abundan vecinos Haitianos, Dominicanos, Bolivianos y Peruanos, muchos quienes han tenido que sacrificar su dignidad, en viviendas abarrotadas y condiciones sociales sórdidas, para mejorar su economía. En gran cantidad se encuentran también las poblaciones populares, lugares olvidados por los proyectos progresistas de la institucionalidad y la casta política nacional. Esta es su área de acción, ya que actualmente César trabaja en la alcaldía de Recoleta, junto al Alcalde Daniel Jadue.

Como eje central de su trabajo político se encuentra aún el Partido Comunista. César actualmente forma parte del Comité Central del Partido (el más alto espacio representativo dentro de la institución) y es secretario comunal del P.C. en Recoleta. En esta comuna, donde el discurso del crecimiento macroeconómico del país poco ha favorecido a sus habitantes, Quiroz intenta cambiar las cosas desde la base. Mano a mano, casa a casa, barrio por barrio ha recorrido los entramados de este importante sector de Santiago, recogiendo la realidad de sus pobladores y volcando esa experiencia en proyectos de desarrollo social inclusivos, y con la participación de todas las voces.

La visión del Chile actual, para César, es la de un país que tiene muchas posibilidades de cambio. Las condiciones objetivas existen, se dan todos los días, pero es el subjetivo, la perspectiva social lo que tiene que cambiar. Cada día se abre más en la mente de la gente que este es un modelo tremendamente injusto, un modelo que los daña todos los días.

Él no cree en un evento detonador que provoque súbitamente cambios en la cultura social chilena. Más bien, las transformaciones sólidas y profundas son producto de procesos de

construcción, que se fortalecen en el quehacer cotidiano y se ven reflejados en proyectos que cambian las condiciones de vida de toda la comunidad. Una muestra de esta máxima que pregona Quiroz es la controvertida creación de una farmacia popular para los vecinos de la comuna, vendiendo los medicamentos a precio costo y mitigando el problema que para miles de personas del sector es la compra de medicamentos por problemas de salud, en un país donde la salud se ha constituido como un bien de consumo, con escasa regulación de las instituciones pertinentes y valores irrisorios.

“Hitos político-sociales y económicos como la creación de la Farmacia Popular en la comuna de Recoleta, y la replicación de este sistema en diferentes comunas de Chile son una lección de pedagogía política para las clases dirigentes y para todo el país, pues golpean la columna vertebral de un modelo neoliberal injusto: la mercantilización y el comercio inmoral de un derecho humano como es la salud”.

El trabajo realizado desde su espacio en el Partido y en la municipalidad de Recoleta ha sido intenso e incesante. Así también cree que ha sido la labor de los nuevos jóvenes que integran la institucionalidad política -comunistas y no comunistas-, y los grupos sociales que han emergido en el espacio público en los últimos años. Los medios de comunicación son un tema fundamental en la faena de cambiar la mentalidad de la gente y hacerla participe de los cambios que ellos necesitan; la prensa masiva, en todas sus plataformas, está controlada por grandes grupos económico, que persiguen intereses personales y configuran la realidad mediática según estos intereses. Democratizar las comunicaciones y hacer llegar a la gente la información y la realidad que importa es un trabajo colosal que no puede dejarse de lado.

“La gente comienza a empoderarse y deshacerse de la idea de que absolutamente todas las personas que trabajan en política lo hacen para exclusivo beneficio personal. La aparición de nuevas voces y de organizaciones que durante décadas fueron censuradas ha provocado que quienes más importan, los más desposeídos, puedan creer que realmente hay posibilidades de cambio”.

César estudió arduamente, tuvo momentos de privación; entregó sus conocimientos a miles de personas que compartían sus sueños de un mundo nuevo; hizo frente al horror de la guerra y cruzó campos de batalla cortados por las ráfagas de metralla. Sangró y lloró profusamente por los



ideales de un mundo más justo y solidario, que se alojaron en su pecho desde la infancia y decidieron no salir jamás de allí. Cómo no hacer todo esto, si a cada paso dado evidenciaba el dolor y la indignidad de la gente de a pie de todo el mundo; personas que, como él, llevaban en sus corazones amores, sueños y esperanzas, pero veían su vuelo truncado por las contradicciones y la opresión de la realidad concreta que les tocó vivir.

Este dirigente político, oficial militar comunista y funcionario público aún cree en la posibilidad de lograr un nuevo Chile, uno en que la mayoría sea escuchada y se trabaje sobre la base del bienestar de cada uno de sus habitantes. Pero tiene claro que este cambio se va a concretar sólo si todos participan.

### **Seguir luchando**

Hoy todas las historias y hazañas heroicas son imágenes, como bellas postales o brevísimos cortometrajes. Un sinfín de Raccontos de una vida en todo el orbe ocupan los recuerdos de Alejandro. Eventos históricos y situaciones que aún no han aparecido en la cabeza de ningún literato o director de cine cobran realidad en la memoria de este hombre: El júbilo de la juventud en un mundo donde todo era posible, el derrumbe de grandes proyectos colectivos, el acecho de la muerte y la toma de decisiones casi imposibles. Todo fue parte de un largo viaje del que volvería otra persona. Las gélidas calles de Suecia, la Bulgaria de amores, aprendizaje y añoranza; La docencia militar y el abrazo cálido de la Isla de Cuba, la determinación y el silencio tenso antes de las balas en Nicaragua, el Vietnam profundo y misterioso; la segunda vida en Bolivia. Todo eso es una segunda piel con la que Alejo recorre su país, el que esperaba, nostálgico, volver a habitar. El hijo que dejó en la infancia y a su vuelta encontró completamente cambiado.

Alejandro no ha perdido la fuerza luego de tantas batallas, día a día sale de su casa en el sector centro de Santiago, y organiza trabajos y actividades en el Partido Comunista y en las organizaciones sindicales de las que forma parte. Preside una confederación de gremios de

pequeñas, micro empresas y artesanado del cual ha sido parte durante varios años; Organiza eventos sociales y culturales en su partido y está al tanto de todo lo que ocurre en el sector del transporte privado, ya que es director de una revista (la primera en Chile, fundada por él) especializada en el trabajo sindical de los taxistas en el País.

Para él, la batalla contra las injusticias es una labor cotidiana, y mientras se tengan las fuerzas es un imperativo. Por eso continua trabajando por su gente, intentando ocupar todos los espacios posibles, porque un espacio vacío en el tablero es un lugar que suele ocupar otro con intereses radicalmente opuestos al suyo.

A diario se cuestiona sobre el estigma de “antisistemas” que recae en las organizaciones y personas de izquierda progresista. Hay un problema serio de definición de este concepto, una carga negativa que quienes ostentan el poder político, económico y comunicacional se han empeñado en poner en el imaginario de la sociedad Chilena. “Se nos acusa de luchar contra el sistema, y cómo no hacerlo cuando es tan injusto como el nuestro. No se trata de poner una bomba en un lugar o quemar una micro, es sobre un proceso sostenido de cambio en las instituciones”.

Efectivamente, Alejandro no habla de un ataque físico o material inmediato a una persona, sino de golpear los pilares que sostienen nuestro modelo de desarrollo institucional. “Hay que golpear la parte económica. Cuando tu tocas los bolsillos de quienes ostentan el poder y ejercen la injusticia por ese medio, ahí es cuando cambian las cosas y comienzan los conflictos, la lucha real. A los Estadounidenses no les impactó tanto el cambio en las instituciones durante el gobierno de la Unidad Popular, les dolió que nacionalizáramos el cobre, que recuperáramos lo que nos estaban arrebatando.

El tema del poder institucional y la lucha por tomar posiciones en las cúpulas políticas es otro tópico conflictivo sobre el cuál Alejandro cavila a diario, y su postura es innegociable al respecto. Él cree que esta es una de las plataformas donde pueden generarse los cambios reales, y desde allí incidir en la transformación de la sociedad. El impulso de las reformas Tributaria, Laboral y educacional (independientemente de los cambios que hayan sufrido en su proceso de desarrollo y aprobación, en perjuicio de la sociedad común) son hitos que golpean el statu quo del modelo institucional legado por la dictadura. Así también la Asamblea Constituyente. A fin de cuentas,

de lo que se trata aquí (siempre en la voz de Alejandro) es de construir una nueva sociedad, y eso sólo podemos hacerlo por medio de la educación y los cambios constitucionales.

## **Un mañana promisorio**

Respecto a lo que hace falta para garantizar un cambio en la sociedad chilena y en nuestro modelo administrativo, Alejo tiene reparos sobre el trabajo que se ha hecho, es una crítica a la labor de todas las organizaciones políticas y sociales, y también un *mea culpa*. “Estoy de acuerdo con el trabajo que han impulsado los miembros de mi partido en el gobierno y el parlamento, también con el trabajo que han realizado otras organizaciones que abogan por el bienestar social, pero creo que este último tiempo ha faltado más “estar en la calle”, incluir indisolublemente la presencia popular en las reformas que se han realizado desde los espacios de poder. La gente debió haber estado desde un principio en las calles, todos, y manifestarse enérgicamente por cualquier señal de retroceso en sus derechos. Son los trabajadores quienes deben decidir cuáles son los cambios, cómo tienen que hacerse las reformas”.

Día a día, en su faena y en la relación con sus compañeros, Alejandro intenta poner en práctica los cambios que él cree deberían darse en el actuar de todos quienes habitamos este país: Hacer un trabajo más cercano a la gente, con participación de organizaciones sociales, juntas de vecinos; personas de la tercera edad, niños y trabajadores de todos los sectores. La ausencia de estos sectores en la participación política es señal de una apatía que se ha mantenido durante décadas, probablemente el legado más profundo heredado de la dictadura.

“La gente dice “yo soy apolítico”, desconociendo que todo acto o discurso que realizan sí tiene una dimensión política. Entonces, estamos frente a una sociedad que no está consciente de la repercusión política de sus actos, en una actitud alienante. Ahí entran en juego los medios de comunicación, otro espacio importante a ocupar; ellos se han encargado el último tiempo de configurar una realidad cargada de una ideología que perjudica a las personas”.

Como último mensaje, este hombre con una historia de trabajo infatigable, llama a toda la gente, especialmente a las nuevas generaciones, a tomar conciencia que la política es algo que todos estamos destinados a hacer, de una u otra forma. Si seguimos creyendo en la idea implantada de que la política pertenece a una “clase” o “casta”, la pérdida de derechos y el deterioro de las condiciones de vida de la gran mayoría serán algo inevitable. Sólo a través de la unidad de todos los sectores es posible disputar el poder y hacer los cambios que garanticen una vida próspera y digna para todos.

## **Bibliografía**

- Palma Salamanca, Ricardo. (2001). Una larga cola de acero. (Historia del FPMR 1984 - 1988). Santiago de Chile. Ediciones LOM.
- Álvarez, Rolando. (2003). Desde las Sombras. Una historia de la clandestinidad comunista (1973 - 1980), Santiago de Chile. Ediciones LOM.
- Herreros, Francisco. (2003). Del Gobierno del Pueblo A la Rebelión Popular. Historia del Partido Comunista 1970 – 1990. Santiago de Chile. Editorial Siglo XXI.
- Loyola, Manuel y Rojas, Jorge. Compilación. (2000). Por un Rojo Amanecer. Hacia una Historia de los Comunistas Chilenos. Santiago de Chile. Impresora Valus S.A.
- Corvalán, Luis. (2003). El gobierno de Salvador Allende. Santiago de Chile. Ediciones LOM.
- Lavín, Joaquín. (1987). Chile: La Revolución silenciosa. Santiago de Chile. Zig-Zag.
- Partido Comunista de Chile. (1980). Boletín Exterior N° 43. Boletín Rojo, edición clandestina
- Partido Comunista de Chile. (1983). Boletín Exterior N° 60. Boletín Rojo, edición clandestina.
- Partido Comunista de Chile. (1984). Boletín Exterior N° 63. Boletín Rojo, edición clandestina.
- Partido Comunista de Chile. (1984). Boletín Exterior N° 65. Boletín Rojo, edición clandestina.
- Partido Comunista de Chile. (1984). Boletín Exterior N° 66. Boletín Rojo, edición clandestina.
- Partido Comunista de Chile. (1984). Boletín Exterior N° 67. Boletín Rojo, edición clandestina.
- Partido Comunista de Chile. (1985). Boletín Exterior N° 69. Boletín Rojo, edición clandestina.